

© Del texto: 2017, Mauricio Paredes

© De las ilustraciones: 2017, Verónica Laymuns

© De esta edición:

2017, Santillana del Pacífico S. A. Ediciones

Andrés Bello 2299 piso 10, oficinas 1001 y 1002

Providencia, Santiago de Chile

Fono: (56 2) 2384 30 00

Telefax: (56 2) 2384 30 60

Código Postal: 751-1303

www.santillanainfantilyjuvenil.cl

ISBN: 978-956-15-3069-0

Impreso en Chile. Printed in Chile

Primera edición: mayo de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustración de cubierta:

Verónica Laymuns



Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Supertata vs. Mister Vil

Mauricio Paredes



SANTILLANA 
Infantil 

*Para mis viejos amigos: Antonio Ariztía,
Cristián Bascuñán, Andrés Echeverría, Ignacio
Fernández, Andrés Mella, Calalo Ossa,
Francisco Pizarro, Jorge Quinteros, Felipe
Saavedra, Guillermo Swett y Juan Pablo Vita.*

© 2014

*“Del sentido del humor nace el sentido común”
(M.P.)*

*“El corazón alegre es una buena medicina”
(Proverbios 17:22)*

© 2014

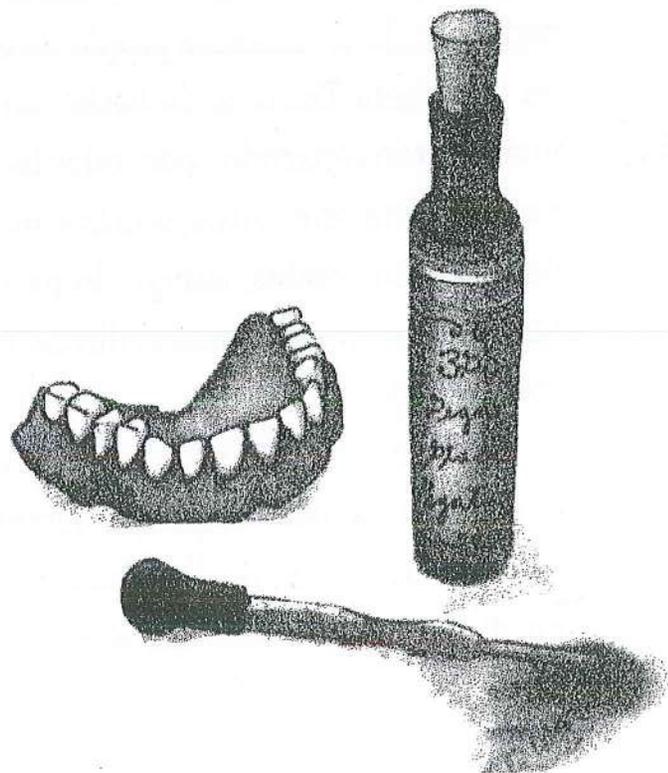
A vivir de nuevo

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana... Bueno, para ser sinceros fue hace poco tiempo, en realidad hoy mismo y con toda seguridad mañana también. Y lo de la galaxia muy muy lejana tampoco es cierto. Esta historia sucede en nuestro propio sistema solar, en el planeta Tierra y, de hecho, sus protagonistas están repartidos por todos lados. ¿Quiénes son? Son seres vivos, o más o menos vivos, pero no son zombis, aunque lo parezcan. Son unos seres extraños, maravillosos y misteriosos: los viejos.

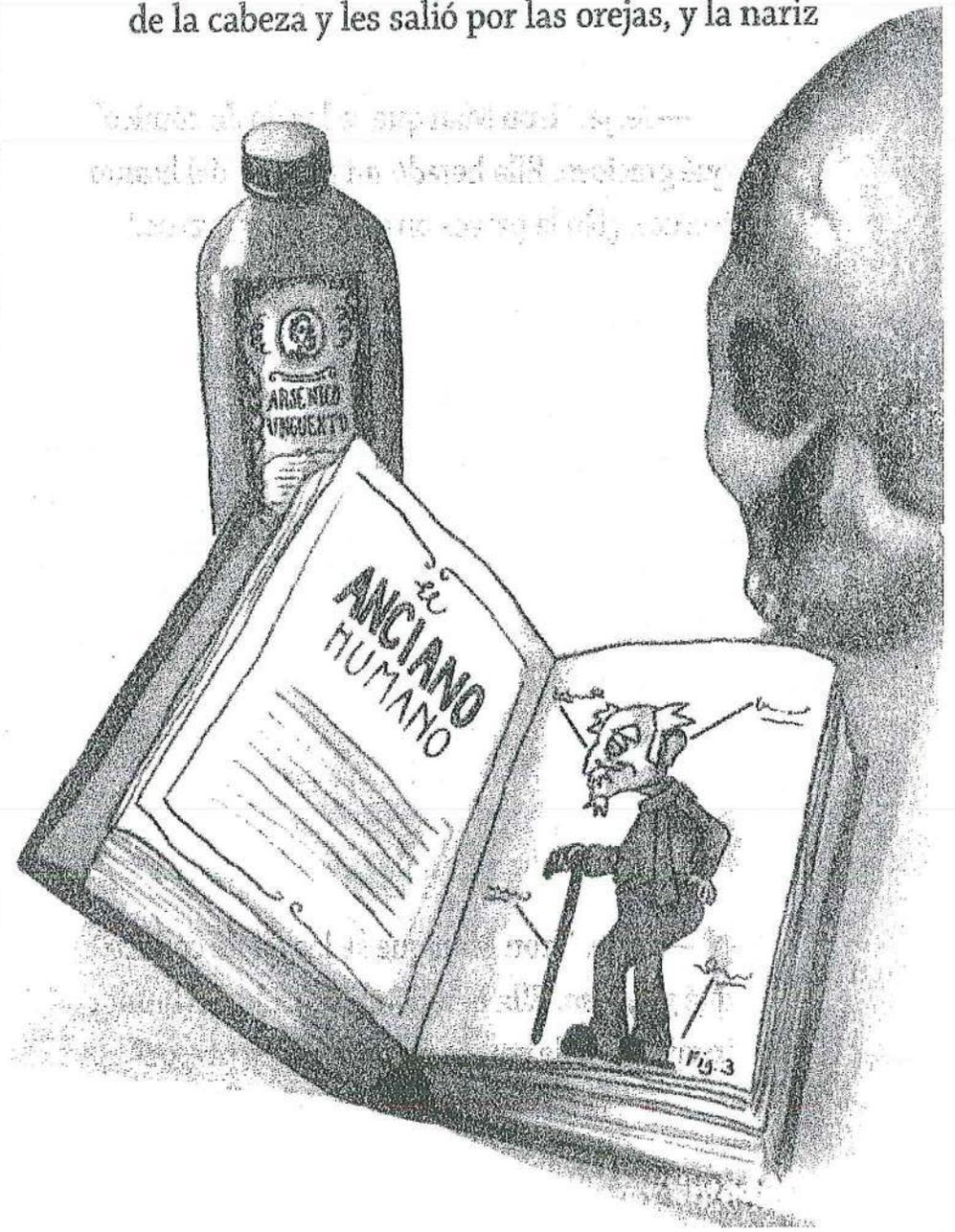
Algunos los llaman "personas de la tercera edad" o "adultos mayores", aunque muchos "adultos menores" no los llaman por teléfono ni de ninguna otra manera. En este libro

preferimos decirle a todo por su nombre, así que los llamaremos viejos, ancianos, añejos o incluso fósiles. Por lo tanto, si te ofenden estas palabras, no continúes leyendo, pero te perderás una historia tan cierta como las aventuras de Batman o las pataletas de Darth Vader.

10 ¿Sigues aquí? ¡Excelente! Vamos al grano y expliquemos lo que son los viejos. Aunque cueste creerlo, hace muchos años fueron personas normales. Incluso, algunos de ellos cuentan que fueron niños y después jóvenes. Pero



pasó el tiempo y sus cuerpos sufrieron cambios increíbles: la piel se les soltó y sus brazos ahora parecen alas de murciélago; el pelo se les cayó de la cabeza y les salió por las orejas, y la nariz



les creció hasta el doble del tamaño natural, lo cual hace pensar que tal vez tengan superolfato. Se podría decir que son verdaderos mutantes que luchan por ser aceptados en la sociedad humana.

12 El siguiente relato cuenta las aventuras y desventuras de uno de estos ancianos, un viejo insoportable o quizás adorable, eso lo decidirás tú. También hablaremos acerca de su mayor enemigo, del amor de su vida y, especialmente, de su dulce y tierna nieta.

Entonces, ¡comencemos! ¡A luchar por la justicia! O, mejor dicho, y como descubrirás pronto: ¡A vivir de nuevo!

* * *

—¡Abuelo, despierta, tenías razón! ¡Existe, existe! —gritó Lucía mientras zamarreaba al viejo flacuchento que se había quedado dormido en su silla mecedora, con un libro abierto entre las manos.

—¿Qué, qué, queque? —preguntó él, tirando la novela lejos y refregándose los ojos para

despertar—. ¿En ferio? ¿Me lo difef en ferio? ¡Entonfef ef una mifión para Fufergagaaa!

Su nieta lo miró con una sonrisa de amor inmenso, tan grande que hizo que le brillaran sus ojos infantiles.

—Abuelo, ponte la placa, porque así no te entiendo nada —le pidió.

El anciano agarró sus dientes postizos con su mano tembleque y los ajustó en su paladar. 13

—Ahora sí, mi Lucy preciosa —dijo él, feliz de poder pronunciar muy bien las letras eses—. Lo que te decía era: “¿En serio? ¿Me lo dices en serio? ¡Entonces es una misión para Supertaaa!” —reiteró para que su amada descendiente comprendiera. Pero luego se quedó en silencio, muy serio, tan pensativo que sus arrugas parecieron arrugarse aún más, como si eso fuese posible—. ¿Existe? ¿Qué es lo que existe?

—¡No qué, sino quién! —exclamó ella, dando saltitos y sacudiendo los brazos como si fueran las aspas de un helicóptero—. Tenías toda la razón, mi mamá decía que eras un pobre viejo loco, pero yo siempre confié en ti.

—¿Tu mamá me llamó viejo loco? —preguntó él, poniéndose de pie con una mano empuñando el bastón y la otra sobre su espalda.

Lucía saltó y quedó paralizada en el aire. Bueno, no exactamente en el aire, pero fue una detención tan súbita que así pareció.

14 —Ups, sí, ella lo dijo, pero no creo que con mala intención. O sea, en realidad no estoy segura... ¡Ay, no sé qué decir! En todo caso, eso no importa ahora. ¡Tú siempre has tenido la razón! Lo vi con mis propios ojos. Está ahora mismo, a un par de cuerdas de aquí, sobre el techo de la casa de su siguiente víctima. Es tal cual como tú me lo describías: espigado y sobreactuado, atlético y patético, con una capa larga, tan negra como su alma amarga.

Un silencio de funeral invadió el dormitorio. Al abuelo le castañeteaban las rodillas, pero no de miedo, sino que de impresión y de rabia. O quizás de miedo también.

—¡Míster Vil! —sentenció—. ¡Por las pilas de mi marcapasos! Ese viejo mañoso, ponzoñoso y añejo. ¡No lo soporto!

La nieta sonreía y se emocionaba con cada insulto que su pariente profería. Su corazón retumbaba, porque sabía que ahora comenzaba una aventura espectacular. De hecho, tenía clarísimo el ritual que venía a continuación. Entonces, fijó la vista en su abuelo, expectante y con atención máxima. La niña tenía la boca y los ojos abiertos de par en par y asentía con la cabeza, anticipando el refrán heroico que se sabía de memoria, pero que por primera vez recitaría ante una emergencia de verdad.

El paladín jubilado alzó su bastón como si fuese un cetro del poder y se alistó a lanzar su grito de combate.

Antes de continuar con este fabuloso episodio, ahora corresponde explicar que Supertata no decía: “¡A luchar por la justicia!” ni “¡Sígueme los buenos!”, ni siquiera “Que la fuerza te acompañe”. No, nada de eso. El abuelo tenía su propia frase para el bronce, que tal vez no sonaba tan impresionante, pero que era profunda y enigmática, como él.

—Uno, dos, tres, cuatro... ¡síncope! —enumeró para sincronizarse con su nieta.

—¡A viviiiir deee nuevooo! —gritaron los dos, voz en cuello.

16 Así fue como a las 7:12 de la tarde Supertata y Lucy salieron a la calle. En realidad, no dejaron la casa a esa hora porque surgió un imprevisto de último momento que retrasó la misión.

—¡Ay! Espérame un momento, mijita —pidió el veterano heroico—. Tengo que pasar a desaguar la vejiga al baño. Mira que la incontinencia urinaria de este pobre viejo es un fastidio. Y no me vaya a suceder que me haga pipí frente a mi archienemigo. Sería la máxima humillación y ese viejo socarrón se burlaría de mí por otros cien años.

—Claro, abuelo —dijo Lucía con una leve sonrisa y se sentó a esperarlo sobre un taburete.

Así fue como a las 7:43 p. m. finalmente estaban listos, la niña y el vejete, parados en la vereda, frente a la puerta de vidrio de la casa. La tarde era fresca e intranquila. Se podía sentir el nerviosismo en el ambiente. Una suave

brisa mecía el elegante letrero de lata que colgaba justo sobre sus cabezas. Los últimos rayos de sol hacían brillar las letras doradas del cartel, que en una cuidada caligrafía cursiva anunciaban:

Bibliobotica Trapisonda

Libros buenos y recetas magistrales

17 ¿Qué es una “bibliobotica”? ¿Por qué se llamaba Trapisonda? ¿Esa construcción era la vivienda de Supertata o su lugar de trabajo? ¿O en realidad se trataba de una astuta fachada? Estas misteriosas interrogantes serán reveladas en un capítulo posterior, así que tendrás que aguantar la curiosidad. Ahora, vamos a la acción... y a vivir de nuevo.

Míster Vil vs. Supertata y su lindo esfigmomanómetro

18 Bajo una luna hostil, dos sombras sigilosas llegaron zigzagueando hasta el lugar de los hechos. Eran Supertata y Lucy, su fiel compañera de aventuras. Sobre el techo de una sencilla casa trabajaba, afanoso, un hombre delgado y ágil. Era evidente que estaba disgustado, ya que sacudía su capa, jalaba su pelo negro azabache y carraspeaba exasperado.

—¡Estas malditas viviendas modernas! —rezongó—. ¿Por qué las construyen sin chimenea? Al menos podría tener una ventana en el techo o cualquier tipo de agujero que me haga más fácil el trabajo.

Lucía paró su oreja cual coneja y Supertata le subió el volumen a su audífono.

—Sancho, dime, ¿qué peroratas pronuncia ese sujeto mangonero? —proclamó el anciano.

La niña se quedó mirándolo con ojos redondos.

—Abuelo, no soy Sancho y no entendí nada de lo que dijiste.

El anciano reaccionó y pareció despertar de un extraordinario sueño.

—¿Qué? ¿Queque? ¡Oh, tienes razón, linda! Perdona, tú sabes que a veces se me va la onda, lo sabes. Te pregunto que qué es lo que dice ese viejo entrometido.

—Parece que quiere entrar por el techo de la casa. ¡Oh, es cierto! ¡Está haciendo un hoyo con su bastón! —dijo ella angustiada.

La vara del truhán no era un simple palo como la muleta de Supertata, sino que un fino báculo de ébano, negro como su capa y su alma. La empuñadura era de oro de un montón de quilates y tenía la forma de la cabeza y del busto de una mujer joven, tal como el mascarón de proa de un barco.

—La Venus de Milo —murmuró el anciano y sus cansados ojos grises otearon el horizonte en un momento conmovedor y significativo, como cuando un actor dice una frase importante en una película, pero los espectadores no tienen idea a qué se refiere.

20 —Abuelo —urgió la niña—. Si nos quedamos aquí, Mister Vil nos va a descubrir en cualquier instante. Será mejor que nos agachemos junto a la reja.

—Junto a la cerca, querrás decir —la corrigió su mentor.

—¿Acaso reja y cerca no son lo mismo? —discutió ella.

En la cara del veterano se formó una sonrisa tan estirada que casi se le cae la placa dental al suelo.

—En este caso es una cerca, porque no está lejos —explicó, lleno de orgullo por su ocurrencia.

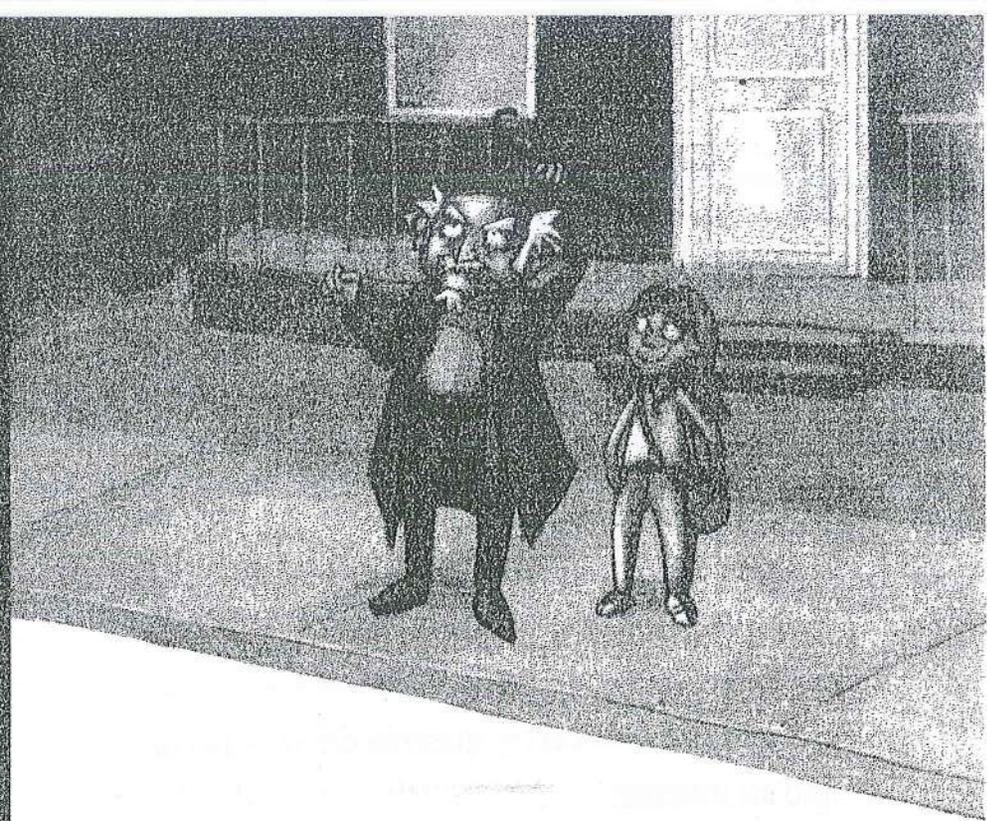
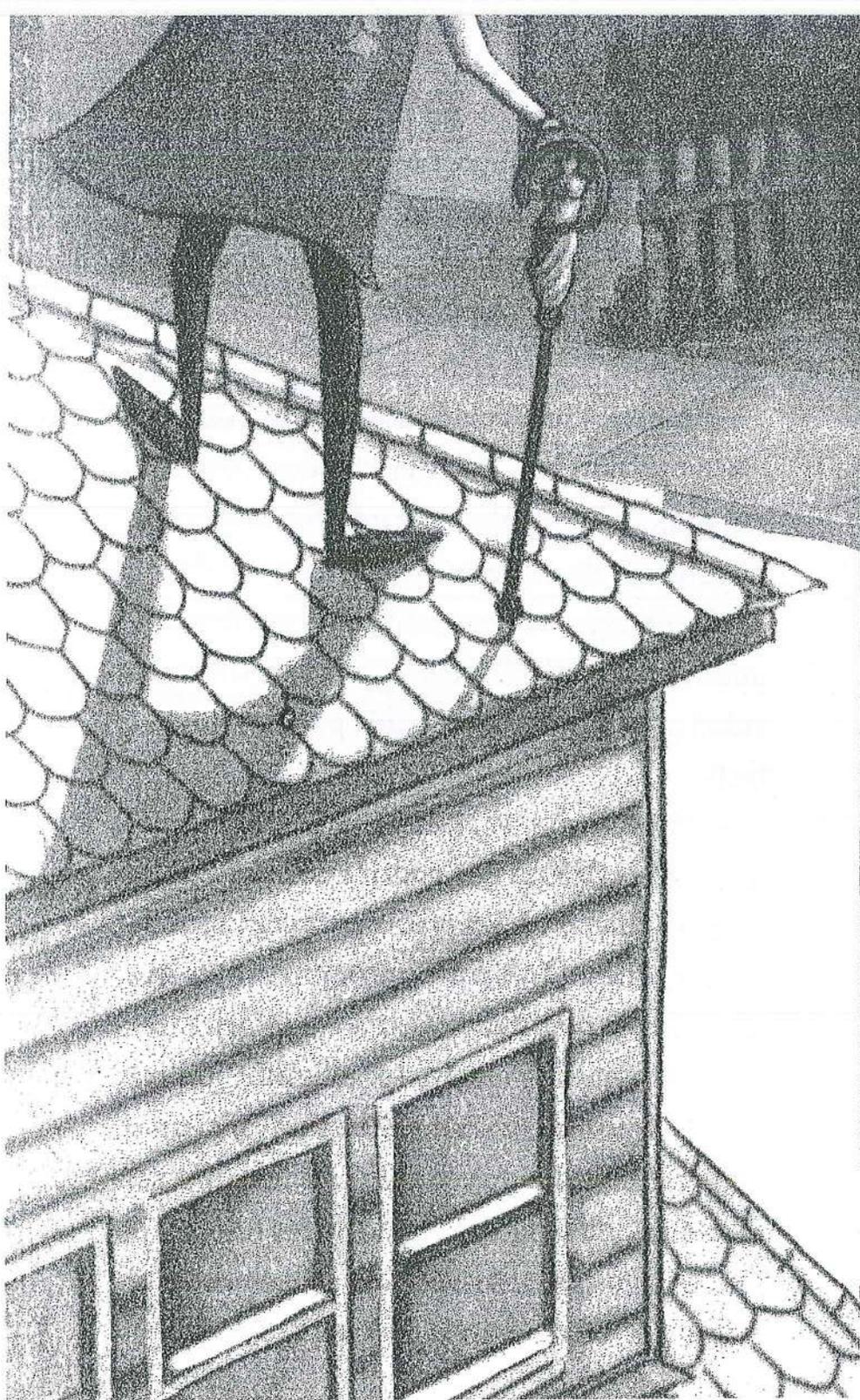
—Ay, abuelo... —lo regañó su nieta, con un largo resoplido.

—Ay, Lucía —la remedó él, sacudiendo los hombros y conteniendo las carcajadas que le

hacían silbar los pulmones—. Tú sabes que soy un bromista empedernido, lo sabes. En momentos de gran tensión, siempre viene bien una humorada. *Comic relief*, como dicen los gringos.

Entonces, parapetados tras la reja o cerca o como se diga, los parientes justicieros observaron cómo el criminal sacaba una pequeña bolsa de arpillera de entre sus ropas, desanudaba el cordel de cáñamo y comenzaba a espolvorear unas partículas brillantes que cayeron con suavidad por el agujero que había perforado en el techo.

—Ñaca, ñaca. Ja, ja, ja —canturreó el malhechor—. ¿Creías que podrías dormir tranquilo, niño inocente, sin preocuparte del bandolero, o sea de mí? Me costó encontrarte de nuevo, pero ahora podré continuar con mi plan maestro. Mira qué lindo polvo centelleante. ¿Sientes el aire fresco de la noche en tu cara? ¿Te parece que las estrellas se te vienen encima? No son estrellas, niño ingenuo, es la nueva fórmula de mi corporación farmacéutica. Un exquisito veneno que te hará sentir de lo peor. ¿Creías que



ya te ibas a mejorar? Jo, jo, pues bien, esto te volverá a enfermar.

Al ver esta espantosa escena, el abuelo de Lucy no soportó más la rabia y se puso de pie de un solo salto. Bueno, en honor a la verdad, se levantó muy lentamente, apoyándose sobre el hombro de su nieta.

—¡Míster Vil! —exclamó Supertata con voz atronadora—. ¡Ríndete ahora mismo o pagarás las consecuencias!

El aludido se quedó inmóvil por unos instantes, luego se irguió y giró para mirarlos desde las alturas. Ordenó sus frondosos rizos engominados con los dedos, luego esbozó una sonrisa arrogante y entornó los ojos con unos aires de superioridad que daban ganas de darle una bofetada.

24 —¡Pero si no es el viejo Supertata! —respondió, haciéndose el simpático—. ¿O debo llamarte por tu nombre de civil, Magnesio "Necio" Mialgia?

Lucía frunció el ceño, molesta porque no le pareció nada de simpático el sobrenombre que le diera ese tipo a su adorado abuelo. Su nombre era Magnesio Mialgia y ella se llamaba Lucía Mialgia, a mucha honra.

—¡Jajaja, santas várices moradas! Tus ofensas no me afectan, Mister Vil —soltó el anciano bondadoso y achacoso—. Y ahora baja del tejado si eres tan valiente, porque ya me duele el cuello por estar con la cabeza torcida hacia arriba. Mira que tengo una tortícolis tremenda y mis huesos cervicales molidos como migas de pan tostado. ¡Baja ya!

—¡No, no y no! —dijo el individuo encapotado.

—¡Sí, sí y sí! —replicó Supertata.

—¡No, no!

—¡Sí, sí!

—¡No!

—¡Sí!

—Abuelo —intervino Lucía—, así no van a 25
terminar nunca.

Él levantó sus cejas chasconas y resopló, resignado.

—Tienes razón, galleta. Ese viejo testarudo no entiende con buenas palabras. Pero mira lo que tengo por aquí —indicó con picardía y sacó un frasco que tenía guardado en el bolsillo de su abrigo. Vale la pena mencionar que se trataba de un chaquetón muy fino y de buen gusto, no se vaya a pensar que Supertata era uno de esos superhéroes que se visten con mallas ajustadas y colorinches. El recipiente tenía una etiqueta que decía:

Mansamelena. Tónico capilar para caballeros.

—¿Y eso qué es? —preguntó la curiosa chiquilla.

Supertata se puso muy nervioso y trató de hacerse el loco, lo cual le resultaba de lo mejor, ya que desde hace años estaba algo desmemoriado y confundido. En realidad, padecía una demencia senil galopante, pero mejor no decirlo así porque a alguien podría parecerle demasiado y no es la intención burlarse de una enfermedad tan dramática.

—Ehhh... nada, nada, quiero decir algo, algo... Pero algo que no tiene nada que ver con la vanidad ni la pretensión, algo necesario. Casi se podría decir que es una medicina que necesita tu sobrio abuelo, que es todo lo contrario de ese badulaque presuntuoso.

Antes de que la niña pudiese indagar más acerca del verdadero propósito de ese misterioso ungüento, el veterano lo lanzó hacia arriba con todas sus fuerzas. Si bien las fuerzas de su brazo no eran



muchas que digamos, alcanzaron para que la botella se estrellara contra el techo, chorreando su aceitoso contenido por las tejas sobre las cuales estaba parado Míster Vil.

—¡Trampa, trampa! —reclamó, furioso, el malhechor—. ¡Así no se vale, Magnesio tram-pooo...! —no alcanzó a decir “tramposo”, porque el líquido lo hizo resbalar y voló por los aires cual acróbata de circo, luego se dio un doloroso costalazo en la espalda, a continuación rodó por el techo y finalmente cayó desde el segundo piso hasta el jardín de la casa.

El estrepitoso porrazo hizo tal escándalo que ninguno de los tres protagonistas de esta escena de acción pareció darse cuenta de que, en ese preciso instante, por el agujero en la techumbre de la vivienda, salía disparada una cama voladora, con un niño encima, tratando de manejarla. Pero ese es otro cuento.

—¡Reflauta y recórcholis! ¡Por las caries de mi dentadura postiza! ¡A por él, Lucy! —urgió Supertata—. ¡Ahora es el momento, está indefenso! ¡Lancémonos encima!

Y así fue. La valerosa nena corrió y con un salto mortal se abalanzó sobre el cuerpo del malandrín, que lanzaba quejidos desconsolados. Con un golpe de kung-fu impidió que se pusiera de pie y con una llave de yudo lo inmovilizó contra el suelo. El abuelo llegó después, caminando a paso fatigado, afirmado en su fiel y módico bastón.

—¿Y ahora qué hacemos, abuelo? —preguntó la niña, sentada sobre el pecho de Míster Vil—. ¿Lo llevamos a la policía?

Supertata secó el sudor de su frente con un pañuelo que tenía bordadas sus iniciales: "M. M.". Jadeaba y hubo que esperar un momento para que pudiese decir algo. De su abrigo sacó uno de sus inhaladores y aspiró tres veces. Finalmente, recuperó el habla y también su enrojecida cara recuperó la palidez habitual.

—No, mi pequeña galleta crujiente. Antes de entregarlo a las autoridades debemos obligarlo a que confiese qué ardid maquiavélico estaba haciendo arriba del techo de esa casa. Y para ese trabajo tengo la herramienta perfecta.

Lucía contempló atónita, estupefacta y patidifusa, es decir, sin entender nada, a su abuelo, quien en ese momento sacó del otro bolsillo de su gabán un precioso y moderno esfigmomanómetro.

—¿Un qué? —consultó ella con una mirada de espanto ante tamaña palabrota.

—Un esfigmomanómetro, querida nieta —reiteró el excéntrico anciano—. Mira qué lindo es, está casi nuevo, lo compré por Internet. Sí, sí, ya te voy a responder, no seas impaciente. Y no me mires con esos ojos de plato, ni me presiones tanto que me da taquicardia. Tú sabes que soy hipertenso y trasplantado, lo sabes. Este artefacto sirve para medir la presión arterial.

—Ah, ahora entiendo. Sí, por supuesto que lo conozco. Es esa cosa que los doctores te ponen en el brazo y lo inflan hasta que te aprieta y te duele. Esfinge... como se llame.

—¡Ay! —se quejó el prisionero, en parte por el dolor de la caída y también porque Lucía aún seguía sentada sobre su pecho.

—Tú cállate la boca —le reprochó el héroe—. Estoy enseñándole cosas importantes a mi nieta.

—Perdón —se disculpó el criminal y guardó silencio.

La pequeña niña se quedó pensativa, tamborileando con los dedos sobre su boca.

30 —En realidad, sigo sin comprender, abuelo. ¿Para qué vas a usar ese aparato? ¿Le vas a estrangular el brazo para que confiese? Abuelo, te lo digo en serio: esa cosa aprieta bastante, pero no creo que le duela lo suficiente como para que confiese.

—Jajaja —rio con desparpajo el viejo—. Déjame a mí. Confía en tu abuelo. Lo que ocurre, mi querida Lucía, es que tú ya tienes la idea fija de que este manguito se pone en el brazo, pero debes usar tu imaginación, abrir tu mente. Observa con atención cómo le ajusto el esfigmomanómetro... ¡en el cuello!

—Oh, oh... —exclamó ella, entre escandalizada y feliz de la vida, cubriendo sus ojos con la mano.

—¡Oh, no! —aulló Míster Vil, casi desmayándose de pánico.

—¡Oh, sí! —celebró Supertata y luego hizo un conteo, lleno de emoción—: Uno, dos, tres, cuatro... ¡síncope!

Y así fue que, ante la vista impresionada de su amada nieta y también frente a los ojos desorbitados de miedo de su aborrecido enemigo, el abuelo vencedor y jamás vencido se dispuso a ahorcar al rufián con la manga hinchable para medir la presión del sistema circulatorio. Es importante aclarar que su intención era asfixiarlo solo un poquito, lo suficiente como para que confesara el porqué de su intromisión en la techumbre de aquel hogar dulce hogar.

—¡Robin, quiero decir Lucy! ¡Sácate la mano de la cara, no pierdas más el tiempo e infla el manguito apretando ese pequeño saco de goma! —ordenó el confundido anciano.

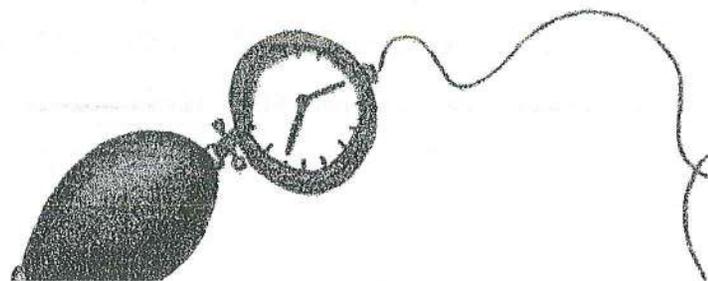
La niña le hizo caso, pero se sintió un poco ofendida por el trato prepotente que le diera su abuelo. Él nunca era así, salvo cuando le subía el azúcar en la sangre y se ponía insoportable.

Pero se ponía pesado únicamente hasta que se inyectaba su insulina. Y esto le pasaba porque sufría de diabetes y no podía comer cosas dulces. O sea, de poder podía, pero no debía.

—¡Jamás confesaré mi genial plan maestro!
—proclamó Mister Vil.

32 —¿Ah, no? ¿Así que estamos con esas, malvado Guasón? —lo desafió con la cara nuevamente roja como un tomate maduro, y luego le exigió a la pequeña—: ¡Robin, más presión!

—Abuelo, estás delirando —se atrevió a responder ella, más asustada de su propio pariente que del anciano que estaba tumbado sobre el suelo—. Yo no soy Robin, él no es el Guasón y tú tampoco eres Batman. Si seguimos, vamos a reventar a este pobre señor. Míralo, tiene los ojos tan saltones que parecen dos bombitas de agua. Ya no quiero inflar más este aparato asesino.



En efecto, el derrotado malandrín estaba con la mirada desencajada, el rostro violeta, los ojos medio salidos y la lengua salida entera. Hacía ruidos como de arcadas y en verdad daba lástima. Pero en ese instante sucedió algo inesperado. De pronto, con gran esfuerzo, Mister Vil logró extraer de sus ropajes un pequeño pastelillo y se lo ofreció a aquel abuelo que normalmente era tierno y bondadoso, pero que

33



también, por momentos, era frenético y descontrolado.

—¡Rollo de canela! —exclamó Supertata con una deseosa y ávida sonrisa.

El prisionero logró articular unas pocas palabras con dificultad.

—Y... con... extra... ¡glaseado! —balbuceó.

34 La faz del goloso y diabético anciano se iluminó como una luz roja de semáforo, lo cual es una muy buena comparación, ya que lo correcto ante tal tentación era detenerse en el acto, pero él no resistió sus ganas de comer azúcar, le arrebató el delicioso rollo de canela al vejete agonizante y se lo zampó como un animalito.

—¡Abuelo, no! ¡Tu diabetes! Es demasiada azúcar y agitación al mismo tiempo. ¡Te va a dar un ataque! —advirtió Lucy, desesperada.

Pero fue tarde. A Supertata le vino un soponcio de aquellos, de antología o de saga épica. Los ojos se le pusieron blancos y se fue de espaldas como si fuera una estatua, es decir, con una actitud muy seria en el rostro y sin poner los brazos para amortiguar el impacto.

Su cuerpo flacucho quedó tendido sobre la vereda. La dentadura postiza y el audífono salieron volando lejos. Su-nieta lo abrazó y sacó de inmediato una cantimplora con agua, que siempre llevaba consigo para casos de emergencia. Y es que con su abuelo las emergencias ocurrían todos los días. Dándole de beber intentaría bajarle la cantidad de azúcar en la sangre, con mayor exactitud la cantidad de glucosa.

Mientras Lucía le salvaba la vida a su abuelo, Mister Vil aprovechó de soltarse de la cinta inflable que lo ahorcaba y se alejó tambaleando. Eso sí, antes de retirarse de la escena, hizo flamear su negra capa y pronunció una perorata para amedrentarlos.

—¡Mira cómo quedaste, Magnesio "Necio"! —exclamó con tono burlón—. ¿Creías que podías derrotarme con este artilugio? —dijo lanzando lejos el esfigmomanómetro con un gesto muy teatral—. ¡No sabes con quién te metes, viejo achacoso y melifluo! Desde que éramos niños te he ganado una y otra vez.

¡Que nunca se te olvide que yo soy Benjamín Sansón Lozano, el anciano más joven del mundo! Y recuerda que siempre, siempre seré menor que tú. Hasta nunca.

El sentido (y el sinsentido) de la vida

Previamente, en *Supertata vs. Mister Vil*:

El insoportable y pomposo Mister Vil hizo quedar en ridículo al paladín de la tercera edad, todo gracias a —o mejor dicho por culpa de— un delicioso rollo de canela. A fin de cuentas, Lucía y su abuelo no supieron por qué su enemigo estaba encaramado sobre el techo de aquella casa, espolvoreándole veneno a un pobre niño inocente y desconocido para ellos, pero que tal vez era famoso para otros. Tampoco explicamos qué cosa es una bibliobotica ni por qué se llama Trapisonda. Y eso viene ahora.

Magnesio Mialgia era viudo desde hacía un montón de años. Se podría decir que más de los recomendables, pero eso era lo que opinaban todos, menos él. Sus dos pasatiempos favoritos

eran leer y enfermarse. No está claro si era un bibliotecario que compraba demasiados medicamentos o un farmacéutico que compraba demasiados libros. El asunto es que su casa estaba repleta de remedios y novelas. Y de tanto leer y de tanto medicarse se le coció el cerebro y se creyó superhéroe. Así fue como se convirtió en Supertata y su casa pasó a ser una bibliobotica, mezcla de biblioteca y botica, que es como les dicen a las farmacias las personas antiguas. Decidió bautizarla Trapisonda, en honor a su admirado Quijote de la Mancha, otro viejo tan loco y tan hipocondríaco como él. La diferencia es que este nuevo chiflado no solo tenía acceso a las novelas de caballeros andantes, sino también a historietas de superhéroes como Batman, el Hombre Araña o Condorito.

Para atender tan singular negocio, tuvo la genial idea de contratar a una estupenda enfermera que además era profesora, ya que hizo un posgrado en pedagogía. El nombre de esta abnegada mujer era Remedios Placebo y ella no solo se preocupaba de todo el tejemaneje del boliche,

sino que también de cuidar a aquel descuidado hombre maduro. Bueno, aclaremos que maduro por sus años, porque de mente y de alma era un niño. A tan digna dama la apodaban Reme y ella soñaba de noche y de día con que una tarde de primavera llegase Magnesio y le dijese:



“Reme, mi amada Reme. Tantos años buscando a la mujer que fuese mi compañera al final de la vida y estabas justo aquí, a mi lado. Reme, tú eras el remedio que faltaba en esta botica y la cura para todos mis pesares. ¡Cásate conmigo y hazme el hombre más feliz del mundo!”

40 Para ser sinceros, a aquella espléndida señorita le daba lo mismo si le pedía matrimonio una tarde de primavera, en la mañana o en la noche, en verano o en invierno, lo importante era que lo hiciera de una vez. Bajo otras circunstancias, ella hablaría con cariño de él, pero ya la tenía agotada, más aún ahora que llegaba desmayado, medio muerto y casi al amanecer por andar haciendo tonterías, creyéndose caballero andante o Batman o lo que sea. Por eso fue que se expresó de esta manera cuando lo vio:

—¡Jesús, María y José! ¿Qué es este esperpento? Esto es el colmo. ¿Cómo se le ocurre llegar en semejante estado? Mírenlo, un hombre entrado en años que se cree jovencuelo. ¡Qué vergüenza! Se va en busca de esas andanzas descabelladas y vuelve hecho una calamidad.

¿Y quién es la que siempre se queda pendiente de este viejo decrepito, con el alma en vilo? Claro, yo, la tonta.

—Reme, no digas eso tan feo de ti. Tú no eres tonta. Y la culpa en realidad es mía, porque yo lo convencí de lanzarse de nuevo a las aventuras —dijo la pequeña y dulce karateca.

Lucía iba a ver a su abuelo casi todos los días. Se amaban. Los papás de la niña le permitían ir a cuidarlo, pero no la autorizaban a promover y mucho menos a participar en sus intrépidas y arriesgadas hazañas, las cuales consideraban un asunto de locos. Con el transcurso de los años, el anciano era cada vez más Supertata y cada vez menos Magnesio Mialgia. Por eso, su nuera no creía que existiese Míster Vil, ya que ella pensaba que todo era producto de una imaginación trastornada. En realidad, no creía absolutamente nada de lo que su suegro dijera y, para ser sinceros, el papá de Lucy tampoco hacía mucho por defenderlo.

En ese momento, el superabuelo, que estaba postrado en su cama, comenzó a emitir unos

sonidos guturales, parecidos a los de un lobo marino agonizante o de un zombi reviviendo.

—Grrruuuaaa... Grrruuuaaa... ¿De qué están hablando, par de viejas chismosas? —dijo, sin abrir los ojos.

Remedios le puso un paño húmedo sobre la frente con delicadeza.

42 —Calma, Magnesio, quédate tranquilo. Sufriste una crisis y tienes que recuperarte.

El viejo testarudo no le hizo caso y se incorporó, a duras penas, hasta quedar sentado sobre el catre. Entonces abrió sus ojos grises y observó a cada una con detención. A Remedios se le aceleró el pulso, como le pasaba cada vez que su amado la miraba directamente.

—«La muerte menos temida, da más vida». ¿Saben quién dijo eso? ¿No? ¿No saben o no quieren hablar? No me miren con cara de extraterrestres, que me asustan. ¿O en verdad son seres de otro planeta que vienen a invadir la Tierra? Ay, no, prefiero que no sean marcianas, porque estoy demasiado adolorido como para combatir las. Como sea, son unas mujeres

de poca fe. ¿Me daban por fallecido? ¿Pensaban que ya me iba a poner el piyama de palo? No, no, señoritas. Me queda cuerda para rato. Ven, Lucía, ayuda a tu pobre abuelo a ponerse en pie. Tenemos que diseñar un plan científico para atrapar a ese bellaco fanfarrón.

En ese momento sonó la campanilla de la puerta, que anunciaba la llegada de alguien 43



que quería mejorar su salud física o su salud mental. Remedios dejó a Lucy a cargo del odioso galán y luego bajó la escalera para atender al cliente.

44 —Abuelo, te pido perdón por haberte llevado al borde de la muerte. Todo es mi culpa. Me dejé llevar por el entusiasmo. Pero escúchame bien, por favor: no podemos seguir adelante, no tiene sentido perseguir a Míster Vil; es demasiado peligroso.

El anciano bajó sus piernas flacas del colchón y se puso las pantuflas.

—Ay, mi galleta de jengibre. Hazle una taza de té a este viejo si fueras tan amable. Usa de nuevo la misma bolsa; economía es riqueza. Ahí, sobre la cómoda. Esa misma. Gracias, mi niña linda. Escúchame bien, querida Lucía. Te voy a contar algo de mi vida.

En ese momento, a la inocente pequeñuela experta en artes marciales le dieron escalofríos y se le erizaron los vellos de la nuca al pensar que podría tratarse de una de las eternas y aburridas historias de su adorado antepasado.

Pero, por suerte, en esta ocasión, fue bastante breve. Y la verdad es que muy entretenida.

“Como ya te he dicho otras veces, los libros son el alimento de la mente. Pero el arte es el alimento del alma. La música, la pintura y, por supuesto, la literatura. No es lo mismo leer la guía de teléfonos que sumergirse en el gozo de la *Divina Comedia* de Dante”.

45

La pequeña no tenía idea lo que era una guía de teléfonos, pero no quiso preguntar para no alargar más el cuento. Se sentó junto al mueble donde estaba el té que reciclaron y, para divertirse, se puso en la oreja el audífono que se le había caído a su abuelo.

“¡¡¡Me eduqué mucho con los libros!!!”.

—¡Ay, abuelo, no me grites de esa manera, por favor! —suplicó la niña, tapándose las orejas.

—¡¡¡No estoy gritando!!! —replicó él, con cara de sorpresa.

Entonces, Lucy se dio cuenta de que tenía el audífono al máximo volumen y por eso escuchaba la voz tranquila de Supertata como si fueran alaridos desaforados.

—Ups... —dijo y se sacó el aparato del oído—. Perdona, me estabas diciendo que aprendiste mucho leyendo.

—Así es, galleta con mermelada de frambuesa —continuó él, sin enterarse del incidente acústico recién ocurrido—. De tanto leer, al final aprendí. Y de tanto aprender, al final supe. Y de tanto saber, al final entendí.

—¿Entendiste qué, tata? —le preguntó ella, balanceando las piernas mientras miraba la colección de frascos de remedios vacíos que su abuelo tenía como adorno en la parte alta de su librero.

—¿Que queque? —dijo el hombre arcaico.

—¿Quieres queque además del té? —le preguntó su nieta.

—No, es solo que me vino un poco de tartamudez —respondió él y luego continuó, mientras tomaba con ambas manos el retrato de su difunta señora que, como ya fue mencionado con anterioridad, había fallecido hacía muchos pero muchísimos años—: ¿Que qué entendí? Bueno, cosas muy importantes, mi querida

Lucy: el sinsentido de la vida y el sentido de la muerte. ¿O era al revés? —dijo y sus ojos se nublaron aún más al contemplar la foto en blanco y negro de aquella joven mujer.

La niña se acercó al anciano y le acarició sus flácidas mejillas.

—No me gusta cuando te pones así, abuelo. No quiero verte triste ni nostálgico. La abuela está en el Paraíso y pronto vas a estar con ella.

—Pero para eso falta demasiado tiempo, demasiado... —replicó él, dando un largo suspiro, con los ojos húmedos.

—¿Demasiado? Abuelo, ya tienes cien años —le hizo ver la niña, pero sin querer herir sus sentimientos seniles—. O sea, no digo que te vayas a morir mañana ni pasado, pero... —dijo y no supo cómo terminar la oración, por lo que decidió desviar el tema—. Tal vez te vendría bien una compañera, ¿no crees?

—¿Una compañera? ¡Pamplinas! Tengo mucho por recorrer aún. Muchos entuertos que destorcer y muchas sinrazones que razonar, o como se diga —le respondió con una sonrisa

picarona—. Solo se vive una vez, Lucía. Mis libros, mis medicinas y mis aventuras bizarras lamentablemente no me dejan tiempo para idilios. ¡Y, además, ninguna señorona le llega ni siquiera a los tobillos a mi amada Pituitaria!

48 La niña dio un par de pasos hacia atrás sobre el suelo de madera que crujía tanto como los huesos del viejo. Luego se paró muy derecha y puso las manos en su cintura.

—Mire, señor Mialgia padre —le dijo en tono severo—. Allá abajo hay una mujer maravillosa que muere de amor por usted. Debería dejar de vivir en el pasado y darle una oportunidad a la señorita Remedios Placebo. No va a encontrar a otra como ella.

—¡Pero si ella es una chiquilla! —exclamó él, ahora sí gritando a un nivel exagerado.

—¡Tiene ochenta años! —le enrostró ella.

—Aún así es veinte años menor que yo. Y no podría mancillar el honor de tu abuela aprovechándome de una jovencuela.

—Ay, abuelo, contigo no se puede —refunfuñó la nieta, apretando los puños de rabia.

La discusión fue interrumpida justamente por la aparición de la dama sobre la cual discutían. ¿Acaso estaba escuchando escondida detrás de la puerta lo que ellos comentaban? Tal vez sí, pero hay que comprender que una mujer madura ya no puede andar perdiendo el tiempo con suposiciones.

—Permiso, señor Mialgia —dijo, con el tono 49 más indiferente y frío que pudo simular—. El cliente que está abajo es un personaje famoso de la televisión.

—¿Y a mí eso qué me importa? —repuso el viejo cascarrabias—. Televisión, televisión... ¡Usted sabe que yo no miro ese aparato endemoniado!

Remedios hizo de tripas corazón para no darle la cachetada que se merecía y se mantuvo digna.

—Es que me está pidiendo muchos pero muchos libros sobre venenos y enfermedades y también comprando cajas y cajas de medicamentos. ¿No le parece sospechoso?

Camas mágicas y montañas mágicas

El abuelo y la nieta se miraron con los ojos sumamente abiertos, felices y emocionados.

—¿Tú crees lo que yo creo? —dijo ella.

—¡Sí, lo creo! —le respondió él, como si tuviese la misma edad que la niña.

—Debe ser...

—¡Míster Vil! —dijeron los dos al unísono y después—: Uno, dos, tres, cuatro, ¡síncope! ¡A viviiiir deeee...!

—¡Ah, no! —los interrumpió la enfermera—. Nada de jugarretas. Si quieren bajar a la tienda, lo hacen de manera civilizada y como seres humanos normales. ¿Me entendieron?

—Sí, Reme —contestaron los dos, muy obedientes.

Entonces descendieron por las escaleras para investigar al misterioso y farandulero comprador. Y, claro, por supuesto que también para desenmascararlo en caso de que se tratara de Benjamín Sansón Lozano, alias Míster Vil, quien llevaba toda una vida haciéndole la vida imposible a Magnesio Mialgia, también conocido como Supertata.

—¡Muy buenos días, pequeña y alegre niña y también buenos días para usted, anciano y malhumorado señor! Permítanme presentarme. No soy un periodista, tampoco un artista. Como pueden ver, ciertamente llevo puesto mi centelleante traje de brillantes y tengo una fina barba plateada y puntuda, que me dejé crecer. Soy un famoso animador de comerciales y vengo a invitarlos a vivir dentro del televisor.

—¡Oh, pero si es Marrullero Camandulero! —dijo Lucía de un salto y luego se tapó la boca con ambas manos.

El jubilado heroico no se emocionó como su nieta, sino que se quedó mirando en silencio y con suspicacia al extraño. Entrecerró sus párpados, lo cual hizo que se marcaran aún más



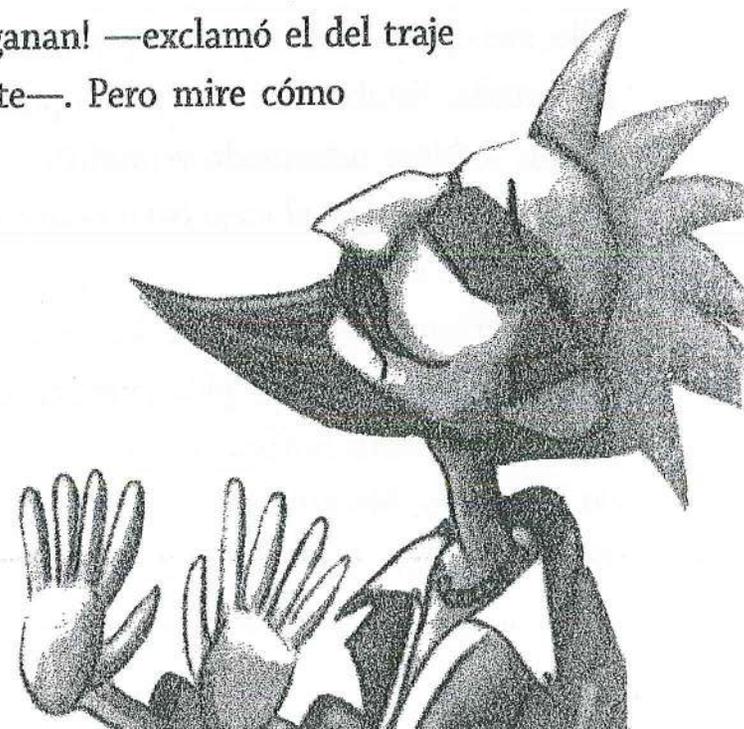
sus arrugas de patas de gallo, que más bien parecían patas de avestruz. Se ajustó su faja para los dolores lumbares y caminó, paso a paso, hacia aquel charlatán o, peor aún, imitador de charlatán.

—¿Conque locutor de la tele? —le preguntó con ironía y, en ese instante, de un fulminante movimiento le agarró la barba filuda—. ¿Y estos mechones plateados? ¡Son más falsos que mi ojo de vidrio! ¡Revela tu verdadera identidad, Mister Vil! No creas, ni por un segundo, que conseguirás engañar a Supertata, paladín de la tercera edad.

Entonces vino un forcejeo en cámara lenta bastante penoso. Magnesio Mialgia le tironeaba la barba a Marrullero o Mister Vil o quien quiera que fuese en realidad aquel sobreactuado señor. Al parecer, la barba sí era de verdad, porque el sujeto agredido gritaba “¡ay, ay, ay!” de dolor e intentaba defenderse lanzando unos torpes manotazos sin destino. Finalmente, los dos hombres cayeron al suelo y ahora eran ambos los que se quejaban como un coro desafinado.

53

—¡Está bien, no se diga más! ¡He sido derrotado con todas las de la ley, ciertamente ustedes ganan! —exclamó el del traje brillante—. Pero mire cómo



ha dejado mi barba puntuda. ¡La despedazó! Va a necesitar meses de esmerados cuidados para volver a ser tan fina y elegante como antes.

—Eso te pasa por malo.

—Perdón.

—Y también por embustero, vanidoso y lelo —agregó Supertata.

54 —Tampoco le ponga color —se defendió el célebre perdedor.

Lucy y Remedios se habían escondido detrás del mostrador para observar aquel desastre paleolítico. La niña le apretaba la mano a la viejecilla, sus ojos brillaban y su respiración era entrecortada. Estaba asustada por la pelea, feliz de que hubiese terminado y también un poco sorprendida de que el viejo barbón se diera por vencido tan rápido.

—Ciertamente confesaré la verdad, diré todo aunque no me lo pidan. Mi nombre es Bacilo Hipotético Sofista y soy un renombrado científico. Me pueden decir por mi apodo, si gustan: Bob. Trabajo junto a Ben Lozano, aquel a quienes ustedes llaman Míster Vil.

Seguramente conocen nuestra empresa, el laboratorio químico y farmacéutico más grande del mundo al cual, en un arranque de creatividad, bautizamos como Bob & Ben. Fabricamos antídotos e incluso dejamos macanudo a uno de nuestros empleados involuntarios. Es decir, él creía que era voluntario, pero lo empleamos para un experimento involuntario y de pura chiripa quedó macanudo.

—Señor Bacilo o Bob, ¿podría hablar menos y decir más? —le dijo Remedios, porque ya la tenía exasperada con tanta cháchara.

—Está bien, agraciada señora. Mi socio Ben me envió a buscar libros acerca de enfermedades y venenos y también a comprar los medicamentos más raros que pudiese encontrar. Y, como ciertamente ustedes deben saber mejor que yo, la Bibliobotica Trapisonada es célebre por sus recetas magistrales y textos exóticos. Lo que jamás les diré, aunque me torturen haciéndome cosquillas con una pluma en la planta de los pies, es para qué tipo de fantásticos experimentos necesitamos estos ingredientes.

—¿Ah, no? ¿Conque esas tenemos? —dijo Magnesio con una sonrisa astuta, al mismo tiempo que entrelazaba sus dedos y hacía crujir sus coyunturas, lo cual generó un ruido como de quebrazón de ramas y troncos, debido a su artritis. Luego les habló a las mujeres—: Lucía, Remedios, por favor vayan a pasear por el parque un rato, mientras yo me encargo de exprimir hasta la última sílaba de este reacio rufián. Dejen la puerta cerrada con llave si fueran tan amables. Lo que sucederá no es algo apto para sus ojos femeninos.

Lucía refunfuñó.

—Pero, abuelo, yo quiero ver cómo le sacas la información. No me quiero perder la acción. ¡No seas machista! Las mujeres también tenemos derecho a ver escenas terroríficas.

Supertata sentó a la fuerza a Bacilo Bob en una silla y movió otra para acomodarse a su lado.

—Está bien, como ustedes prefieran. Les explicaré cuál es mi despiadado y salvaje plan. Lo que voy a hacer es servirle té a este caballero y

contarle una interesante y edificante anécdota de mi juventud.

Cuando el abuelo dijo semejantes palabras, Lucy y Remedios pusieron cara de espanto, horror y también un poco de miedo. Esos recuerdos de sus años mozos eran tan aburridores que podían deprimir hasta al payaso más alegre del mundo. Se tomaron entonces de las manos y se dispusieron a salir corriendo por la puerta, viento en popa o "viento en pompas" como decía Magnesio.

Supertata cruzó las piernas, sacó una pipa de un bolsillo y una cajita de fósforos del otro. Luego, la encendió y lanzó una larga bocanada de humo en la cara del científico.

—Le voy a relatar un acontecimiento real, pero primero déjeme explicarle cómo llegué a vivir dicha situación, y para eso debemos remontarnos unos cuantos años, hasta el día de mi nacimiento. Corría el año...

Esas fueron las últimas palabras que la niña y la enfermera/profesora alcanzaron a escuchar

antes de cerrar la puerta de vidrio de un portazo y huir despavoridas hacia el bello parque.

Cuando regresaron de su agradable caminata entre bellotos y cerezos en flor, encontraron al señor Bob Bacilo tendido inmóvil en el suelo, cuan largo era.

58 —¡No, abuelo, no! —gritó Lucía, angustiada—. ¡Lo mataste de aburrimiento!

El soporífero viejito esbozó una sonrisa de triunfo al mismo tiempo que revisaba los libros y los medicamentos que el científico quería comprar, tanto para espiar sus propósitos como para sacar la cuenta de la venta.

—No se alarmen, señoritas —les dijo, muy campante—. Solamente está desmayado. Y eso que nada más llegué hasta cuando me hice mi primer examen de próstata. Y no me refiero al del antígeno, que no es cien por ciento confiable, sino que al otro, en donde lo que el doctor debe hacer...

—¡A callar, Magnesio, no traumáticas a la niña! —le gritó Remedios al anciano impúdico y le tapó sus immaculados oídos a la dulce nieta—.

Mejor hazme el favor de traer las sales de amoníaco para despertar a este pobre cristiano.

A Reme no le gustaba regañar a su longevo galán, pero a veces realmente él se pasaba de la raya. Y esta era una de esas veces. Entonces le pusieron las sales en las fosas nasales al desfallecido y se despertó de sopetón, como quien sale del agua cuando casi se ha ahogado. Aspiró tan fuerte que casi se traga la bibliobotica completa. Pero, por suerte, no.

59 —¡Renuncio, abandono el crimen organizado y el desorganizado también! —gritó con los ojos gigantes de terror—. Ciertamente, nunca más trabajaré en las industrias Bob & Ben. Aquí tienen mis llaves que abren todas las puertas, por si les sirven de algo. Y a usted, señor Mialgia, le digo: es, por lejos, el hombre más tedioso del planeta Tierra. Pero ¿quiere saber algo curioso? Su lata monserga sirvió como tortura para que confesara, pero también me abrió los ojos. Sí, ya sé que ahora los tengo redondos como huevos fritos, pero me refiero a que vi la luz, a que descubrí lo que en verdad

quiero hacer con mi vida. Yo soy un científico y eso de fabricar venenos y antídotos, enfermedades y sus respectivas curas me parece inmoral y no es desafío suficiente para mi inteligencia. Voy a seguir mi vocación, que ciertamente es encontrar una fuente inagotable de energía a partir de la basura. Para eso necesito hallar algo o alguien lo suficientemente sucio, cochino; por ejemplo, una familia guácatela. Y a aquel proyecto tan noble dedicaré el resto de mi vida. Estoy seguro de que ser un maestro del disfraz me resultará muy útil.

—Me parece espléndido —dijo Supertata, arreglándose los bigotes—. Ahora pase por la caja a cancelar su compra.

—Pero si ya no me interesan todas estas chucherías, las cuales eran para el plan maquiavélico de Mister Vil.

El superhéroe de las diez décadas le apretó el brazo muy firme.

—¿No quiere pasar por la caja? Entonces déjeme seguir contándole cómo fue el examen de próstata y el enema que me hicieron después,

ya que está tan interesado en los asuntos asquerosos.

—¡No, no, no! ¡Piedad, tenga compasión! —gritó el sujeto de la barba puntuda—. ¡Ciertamente pagaré lo que sea, pero no me hable más de su vida ni de sus enfermedades! —Después cambió su rostro asustado por una expresión muy misteriosa y elocuente—. Y recuerde... debe hallar al Señor C. Él conoce todos los sucios secretos de Mister Vil.

Eso fue lo último que dijo, luego pagó y escapó a toda velocidad, para nunca más volver.

—¿Y ahora qué hacemos, tata? —preguntó la niña mientras ordenaba el montón de billetes y monedas en la caja registradora.

El valeroso hombre maduro levantó el mentón y miró a través del cristal de la puerta, como si estuviera contemplando el infinito. Parecía actor de cine, pero de los antiguos.

—Lo mismo que hacemos todos los días, mi querida Lucy —afirmó con voz grave—; tratar de evitar que los malos dominen el mundo.

A Remedios le pareció tan varonil que se le escapó un suspiro. Por suerte, la pequeña habló y le evitó el bochorno.

—Pero no tenemos idea dónde está el laboratorio secreto de Mister Vil. ¿O acaso el señor Bob Bacilo te lo dijo?

62 El abuelo se sentó en su sillón regalón del primer piso y sacó un paquete de caramelos de anís, que eran sus preferidos y los de Lucía también.

—Remedios, ¿serías tan gentil de buscarme mi libro favorito de Thomas Mann? —le pidió y ella acudió al instante, porque tenía la librería bien clasificada con el sistema Dewey—. Pon atención, mi nieta consentida. ¿Qué es lo que sabemos hasta ahora? Que Ben Lozano quiere enfermar y envenenar a todas las personas. ¿Por qué? Eso todavía hay que descubrirlo. ¿Dónde fabrica sus venenos y enfermedades? En su industria química secreta. ¿Dónde queda este dichoso cuartel general? Tampoco lo sabemos, porque todos los empleados son trasladados en furgones sin ventanas para que no

puedan identificar la ubicación de tan oculta y clandestina construcción. Eso fue lo que me confesó el científico disfrazado de famoso de la tele. Pero si fuiste tan observadora como yo durante nuestra fallida redada de anoche, habrás alcanzado a vislumbrar a aquel inocente niño, al cual Mister Vil quería envenenar y enfermar. (¡Ja! ¿Creían que no me había dado cuenta? Por supuesto que lo vi, gracias al estrabismo de mi ojo bueno). ¿Lo viste, mi galleta de mantequilla? ¿Te diste cuenta de que salió volando por el techo sentado sobre una cama mágica?

63 —Ay, abuelo, ya te pusiste a delirar de nuevo. ¿Un niño encima de una cama voladora? No sé a quién se le podría ocurrir una historia tan fantasiosa.

En ese momento, la enfermera dejó caer sobre el mesón el mamotreto que le había pedido Supertata.

—Aquí lo tienen: *La montaña mágica* de Thomas Mann —les dijo, acezando por el peso de los miles de páginas de tamaño novela.

—Montaña mágica, cama mágica... ¡Albri-
cias, aquí está la respuesta! Nunca subestimen
el poder de la tercera edad —le dijo a Reme-
dios y le mostró todos sus dientes falsos en
una amplia sonrisa, ante lo cual ella se sonrojó
como una quinceañera.

64 —Paren, paren —interrumpió Lucy, mas-
cando con fuerza su pastilla de anís, sin temor
a que se le fracturaran sus resplandecientes
dientes definitivos—. Camas mágicas, monta-
ñas mágicas. ¿Me pueden explicar por qué tan-
ta cosa mágica, por favor?

—Es fácil, querida galleta —dijo Super-
tata—. No sé cómo hizo ese niño para que la
cama volara, pero sí vi que se dirigía directo
hacia las montañas.

El rostro de la niña se iluminó de satisfacción.

—¡Ah, ya entiendo! Una cama mágica vo-
lando hacia una montaña mágica. Entonces,
este libro nos dirá dónde está el laboratorio se-
creto de Mister Vil. ¿De qué se trata?

—De un montón de gente enferma —dijo el
anciano.

—¡Uy, abuelo, este debe ser tu libro favori-
to! —exclamó ella con una carcajada.

—Jajaja, veo que heredaste mi sentido del
humor, lo veo —comentó él a regañadientes—.
En realidad, no digamos que esta novela nos va
a entregar las coordenadas exactas de la gua-
rida de ese vejete mañoso, pero se trata de un
joven que sube a la montaña para encontrar las
respuestas de su vida. De subida y de bajada.
Entonces, ¿te das cuenta de que todo cuadra?
Todas las pistas nos indican que la fortaleza
escondida está en...

El viejecillo guardó silencio para que su des-
cendiente completara la oración.

—¡La cordillera de los Andes! —gritó la
niña, dando saltos de alegría.

—¡Exactamente, mi galleta genial! —la fe-
licitó él y se pusieron a bailar tomados de la
mano, como haciendo una ronda.

Se veían tan felices los dos juntos que Re-
medios Placebo incluso les permitió hacer su
faramalla de superhéroes.

—Uno, dos, tres, cuatro, ¡síncope! ¡A viviiiiir deee nuevooo! —chillaron al mismo tiempo.

Y el veterano guerrero agregó:

—¡No perdamos tiempo, Lucy querida! ¡Vamos a subirnos al Tatamóvil! ¡Llegaremos a toda velocidad en mi bólido!

El vértigo de la acción (y del Tatamóvil)

—¡Ah, no, eso sí que no! —reclamó Reme, indignada—. Por ningún motivo los voy a autorizar a que se suban a ese cacharro desvencijado y destartalado. Es un peligro público y con toda seguridad van a tener un accidente fatal. Además, Magnesio, debo recordarte que tu licencia de conducir se venció hace dos décadas.

La profesora tuvo que perseguir al par de desobedientes, porque ya estaban en el garaje descubriendo la funda que protegía a su amado automóvil. Al ver la cara de emoción del señor Mialgia, la señorita Placebo pensó que hay hombres que pareciera que quieren más a una máquina con motor que a una mujer soltera y hacendosa como ella.

—Pero, Remedios, ¿cómo osas decirle cacharro a mi joyita? —refunfuñó él, justo cuando terminaba de quitar el forro de su estrambótico vehículo—. Míralo. ¿Acaso no te parece una maravilla de la tecnología? Tú ya lo conoces, así que deberías adorarlo tanto como nosotros. No es cualquier auto. Es un Morgan de tres ruedas, dos adelante y una atrás, un modelo exclusivo y de colección. Lo mejor de la ingeniería británica. Un clásico.

—Está bien —señaló ella con cierta desazón—, vayan a descubrir ese refugio “tan demasiado encubierto” —agregó con ironía, pero luego cambió el tono—: Lucy linda, mi niña tierna y valiente, te pido que por favor cuides a tu abuelo. Que no haga locuras. O bueno, que no haga demasiadas locuras. O por último que haga todas las locuras que quiera, pero sin consecuencias mortales. ¿Bueno?

—Sí, Reme, yo me hago cargo. Confía en mí —le dijo ella, con esa carita tan dulce que sabía poner, a la que nadie le podría decir que no.

—¡Oh, esperen! —exclamó la enfermera—.

Magnesio, se te olvidó tomar algunos de tus medicamentos: el de la diabetes, el de la arteriosclerosis, el del lumbago, las gotitas para la memoria, los antipsicóticos y la aspirina.

Mientras ellos se metían, o mejor dicho se embutían a duras penas en los estrechos asientos del exótico auto deportivo, Reme corrió a buscar los pastilleros con todas las medicinas necesarias y los puso en un fino neceser de cuero.

—Adiós, Remedios, nos volveremos a ver muy pronto —le dijo el abuelo, con su voz carraspeada, a medida que se ponía su gorro de aviador y sus antiparras.

—Adiós, mi Magnesio. Cuídate mucho, recuerda que ya no eres un jovenzuelo —lo previno en un suspiro—. Te amo. ¡No, perdón! Te llamo, quise decir “te llamo” si es que sucede algún imprevisto en la Bibliobotica Trapisonada: Libros buenos y recetas magistrales, como siempre digo cuando contesto el teléfono.

Lucía la miró con una sonrisa cómplice. Remedios pensó: “Qué niña tan dulce y tan

discreta". El abuelo, obviamente, ni se percató de su romántico *lapsus linguae*. Le recibió la bufanda de seda azul que le había regalado para su cumpleaños número cien y se la ciño al cuello.

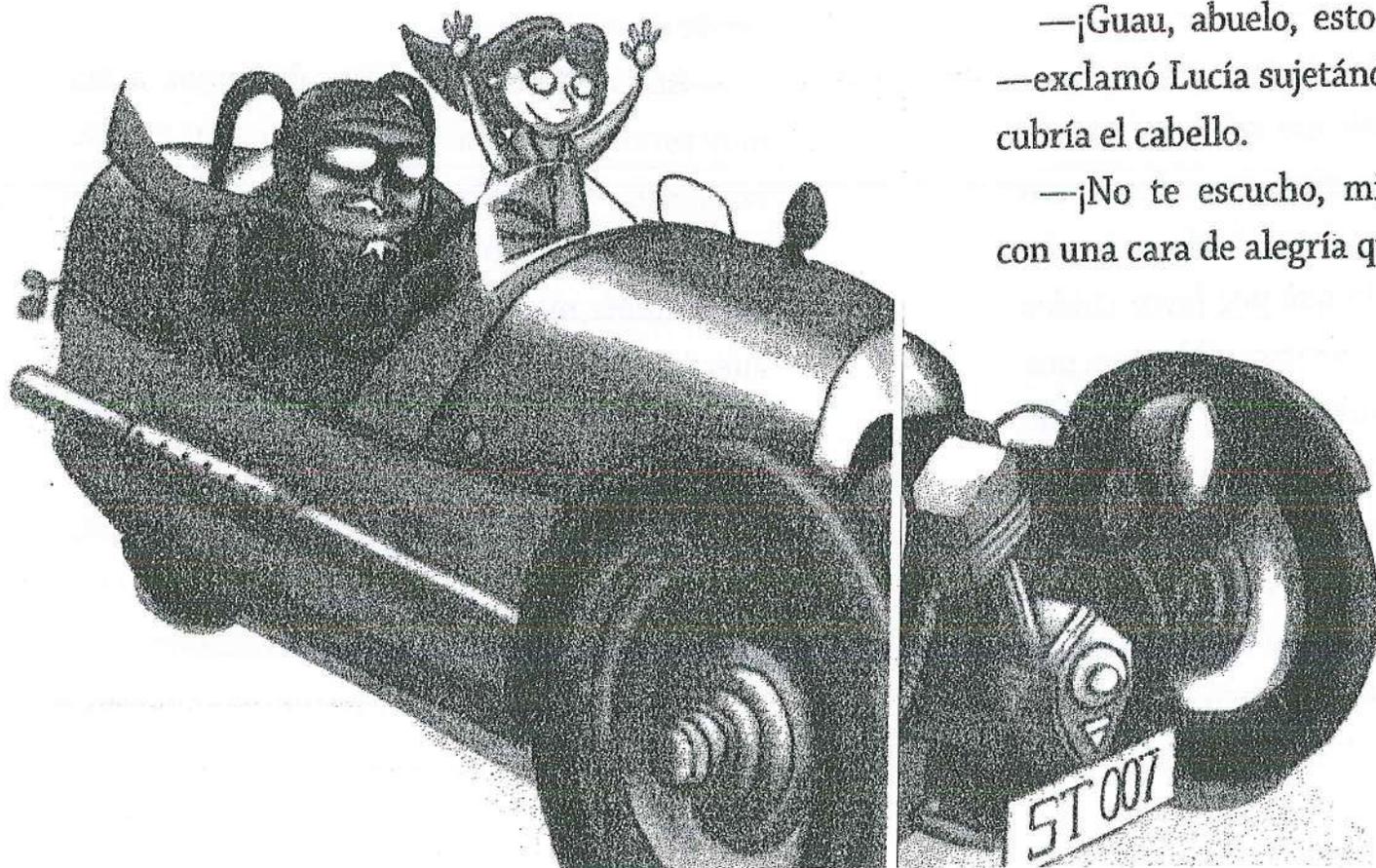
—Quédese tranquila, señorita Placebo. Como bien señalara el genial Pablo Picasso: "Cuando dicen que soy demasiado viejo para hacer una cosa, procuro hacerla enseguida". Así

mismo soy yo, usted lo sabe. Guárdeme en sus recuerdos. ¡Adiós!

Y así fue que se largó Supertata junto con su nieta, cual rebelde sin causa de los ancianitos, buscando su destino, incluso ahora que ya le quedaba poco destino por buscar. Hizo rugir el motor del Tatamóvil y aceleró a fondo, produciendo un agudo chirrido de los neumáticos, en una salida cinematográfica.

—¡Guau, abuelo, esto sí que es velocidad! —exclamó Lucía sujetándose el pañuelo que le cubría el cabello.

—¡No te escucho, mijita! —respondió él, con una cara de alegría que no se la borraba ni



un fantasma—. ¡Con el viento no oigo nada, además recuerda que tengo tinnitus, ese maldito zumbido en el oído! ¡Lo que sí te puedo decir es que esto sí que es velocidad! ¿Verdad?

72 La nieta sonrió y se aferró a los fierros del vehículo, porque subían por un camino en zigzag y el decrepito piloto tomaba las curvas haciendo sendos giros vertiginosos. El artefacto sonaba como cuando un niño hace vibrar los labios al jugar con sus autitos: ¡brrrum, brrrum! Atrás habían quedado las construcciones de la ciudad y ahora recorrían el campo montañoso. El aire se respiraba fresco y puro y el cielo estaba tan diáfano como agua de manantial de la eterna juventud. Pronto llegaron a un terreno más rocoso y seco. Allí el anciano soltó el acelerador para inspeccionar con detalle la zona y descubrir alguna pista que los llevara al laboratorio secreto de Benjamín Lozano, el malo del cuento.

—¿Abuelo? —dijo la niña—. ¿Podemos parar un momento? Tengo ganas de hacer pipí.

—Claro, mijita —accedió él, frenando en seco, lo cual hizo que se levantara una gran

polvareda—. Yo también intentaré hacer un poco, aunque sea algunas gotas, a ver si logro botar la piedra, mira que este cálculo renal me tiene con principio de autopsia. Lo bueno es que con el traqueteo del camino de tierra, me da la impresión de que puede haberse soltado un poco la muy miserable. En la cajuela del Tatamóvil hay una chata o pelela o bacinica o como le digan ahora ustedes los jóvenes. Vaya detrás de esa roca y yo iré detrás de ese árbol.

El achacoso paladín caminó a paso cansino hacia el tronco, cuando de pronto escuchó:

—Buenos Díaz, buenos González y buenos Pérez.

—Buenos días —respondió el anciano, de manera muy educada, a pesar de que cuando miró alrededor, no vio nada. Con su tenida tan elegante, perfectamente se podría decir que parecía un principito o, bueno, al menos un reyecito abdicado.

—Estoy aquí—quirí—quiquí, debajo del manso-sano —dijo la voz.

Supertata quedó más confundido que de costumbre cuando observó que era un zorro el que

lo había saludado. Un zorro muy amable, pero que claramente tenía dislexia o algún trastorno del lenguaje. El viejo sabio comprendió que el animal se refería al manzano cuando había dicho manso-sano, pero grande fue su sorpresa al ver que el árbol no solo daba manzanas, sino que muchos tipos de frutas al mismo tiempo, inclusive melones y sandías que colgaban como inmensas guirnaldas navideñas.

—Eres muy simpático —le dijo a la amigable fiera—. De hecho, serías una excelente mascota para mi nieta, que está haciendo pipí por allá, pero ella tendría que domesticarte. Bueno, ese es otro cuento, pero tal vez tú me puedas ayudar. Andamos buscando una instalación secreta, una construcción muy grande, que es el laboratorio y también cuartel general de un gznápiro muy odioso al cual no soporto y al que derrotaré por malo y por engreído. Ah, y también por molestarme desde niño y querer envenenar y enfermar a las personas.

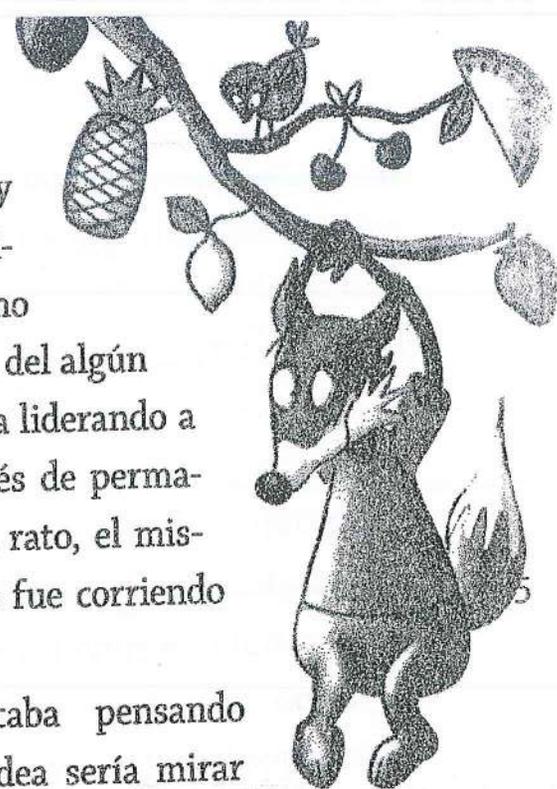
El zorro parlanchín no habló más, pero apuntó hacia una quebrada en las montañas

con su brazo muy estirado y las rodillas dobladas, como si fuese la estatua del algún prócer de la patria liderando a su pueblo. Después de permanecer inmóvil un rato, el misterioso animal se fue corriendo a campo traviesa.

—Abuelo, estaba pensando que una buena idea sería mirar en Internet un plano satelital —dijo la niña mientras se terminaba de acomodar los pantalones— y ahí buscar algún detalle en el mapa de esta zona que nos llame la atención, cualquier objeto que sea distinto a los cerros que hay por todos lados, algo así como rectángulos que pudieran representar a los edificios del laboratorio secreto...

—Ya sé dónde está —la interrumpió el caduco varón.

Ella detuvo su andar sobre el camino de tierra, cerró la boca y abrió los ojos. Se quedó



mirándolo algunos instantes sin parecer muy convencida.

—¿Qué? ¿Cómo lo supiste? —le preguntó.

—Me lo dijo un zorro.

—Ay, abuelo, no estamos para perder tiempo en chistes.

76 —¡Por los pelos de mis orejas, te prometo que es verdad! —protestó él—. Bueno, en realidad no me lo dijo, sino que lo indicó con su pata. Aunque antes conversamos, a pesar de que se le enredaban tanto las palabras que se le entendía menos que a mí mismo cuando se me despega la placa.

La nieta no se rio, sino que sintió el pecho apretado, una especie de angustia helada que se propagó por su espalda y le hizo estremecer hasta la punta de los dedos. El viento frío de la montaña enrojció más aún sus suaves mejillas. Pensó que su abuelo finalmente se había vuelto loco por culpa del alzhéimer o del párkinson o de alguno de esos científicos con nombre de enfermedad, o de enfermedades con nombre de científico.

—Abuelo, tata, Magnesio... —le dijo tomándole la mano—. Tú no estás bien. Ven, subamos al auto y volvamos a la casa.

El aparentemente desquiciado anciano se soltó de ella sacudiendo el brazo con más rabia que fuerza.

—¡Pero qué dices, mocosa! ¡No me trates como a un inútil! No estoy loco, por lo menos no tanto todavía. ¿O acaso me quieres declarar interdicto en vez de ayudarme? Mira que tratar así a un pobre viejo, a un ser humano abandonado a su suerte y miseria. Tal vez más vale que me muera.

A la pequeña y dulce Lucía le dio tanta ira que apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—¡No soporto cuando te pones así, abuelo! ¡No te hagas la víctima! ¿Te quieres morir, en serio? Entonces cavo ahora mismo una tumba con una pala para que te tires de piquero al hoyo. ¿Quieres que haga eso?

—No, mijita. Perdón, te pido perdón de corazón. Son estupideces que uno dice cuando se pone viejo. Lo hago para que me digas que me

quieres —murmuró el arrepentido veterano, encorvándose de vergüenza—. Lo que sí quiero hacer es subir al Tatamóvil, pero para dirigirnos a esa quebrada de allá. ¿La ves? Confía en mí por esta última vez. En el peor de los casos nos sirve como paseo. Manejamos hasta detrás de esa loma y nos devolvemos. Te doy mi palabra de caballero oxidado, de momia y de animalito del arca de Noé.

La niña no pudo evitar sonreír.

—Está bien, pero nunca me vuelvas a hablar así, como si nadie te quisiera, eso no me gusta. Tú sabes que yo te adoro con el alma. ¿De acuerdo? Nunca más. ¿Me lo prometes?

El abuelo se puso de rodillas para darle un largo abrazo con los ojos cerrados.

—Te lo prometo, mi galleta. Nunca más. Y olvida lo del zorro... por ahora.

En los árboles está la respuesta

El deportivo y sofisticado Tatamóvil de tres ruedas trepaba los riscos a máxima velocidad, rugiendo como un puma feroz. Su potente motor en V estaba tan caliente que encandecía como carbón de día de la independencia. El sendero era angosto y pedregoso. Cualquier error los haría desplomarse por el acantilado.

—Creo que estamos a gran altura, Lucy.

—Sí, ya hay nieve al borde del camino —concordó ella.

—Ah, yo lo decía porque ya me duelen los huesos —dijo él, con sus bigotes agitándose por el viento gélido—. Tú sabes que tengo un reumatismo tremendo y con los cambios de presión me viene un lumbago apocalíptico, lo sabes. Pero no hay mal que por bien no venga

y mi reuma me sirve para reconocer la altitud, también para anticipar las lluvias y por último se pueden usar mis huesos para hacer un caldo que mejora el resfrío o gelatina para la gastritis.

80 La nieta pensó en regañarlo por ser tan hipocondríaco y dramático, pero prefirió no discutir de nuevo con él y se concentró en inspeccionar el paisaje para descubrir el refugio "tan demasiado encubierto".

Se dirigían directo hacia un cerro rocoso o, peor aún, a lo que parecía una inmensa roca que obstruía el paso, porque, a menos que el camino hiciera un desvío de último minuto, se estrellarían contra la piedra y quedarían estampados como calcomanías. Lucía estaba a punto de gritar: "¡Frena, abuelo, frena!", cuando divisó un pequeño agujero en la roca, un túnel por donde el veloz Tatamóvil entró cual nave de *La guerra de las galaxias* metiéndose en la estrella de la Muerte.

—¡Uy, qué susto! ¡Pensé que chocábamos!
—exclamó la niña, al tiempo que el piloto encendía los focos para iluminar un poco el

interior de la cueva. Luego, ella se quedó meditando en la penumbra—. Abuelo, tal vez es como dijo Remedios; puede ser que el refugio esté "tan demasiado encubierto".

—¿Qué, qué, queque? ¿Encubierto? —preguntó al aire el pícaro pensionista—. "Encubiertos" son un cuchillo, una cuchara y un tenedor escondidos.

La nieta se cubrió los ojos con la palma de su manito.

—¡Ay, abuelo! Ese chiste creo que califica como el más aburrido que has inventado hasta ahora.

El anciano no dio respuesta, sino que en ese preciso momento le tomó el hombro y la sacudió con suavidad.

—Mijita, creo que debería destaparse sus ojazos para que vea lo que yo estoy viendo.

Cuando Lucía observó lo que tenían al frente, justo a la salida del túnel, su mandíbula se cayó y quedó con la boca abierta. Le costaba respirar y lo hacía a suspiros, en parte debido a la falta de oxígeno por la altura, pero más que

nada de impresión. Sus pupilas tuvieron que acostumbrarse a la luz radiante y las pestañas se le llenaron de lágrimas de entusiasmo, que el viento de la montaña se encargaba de secar.

—Tata... Supertata... Abuelo... —atinó a articular, tartamudeando.

82 —¿Ves que tenía razón? —preguntó el orgulloso héroe.

—Veo —respondió la niña asintiendo en cámara lenta.

Ante ellos se alzaba lo que parecía una ciudadela del futuro o un castillo de otra galaxia. Era una fortaleza enorme, impecable y majestuosa, con altísimas torres tapizadas de vidrios como espejos. Los edificios estaban comunicados mediante vías aéreas, por las cuales se deslizaban veloces y silenciosos trenes eléctricos, suspendidos a cientos de metros del suelo. La niña pensó que era una mezcla entre Narnia y Disneylandia. Pudieron observar numerosos ascensores de cristal subiendo y bajando muy rápido, cada uno con unas veinte personas en su interior, todas vestidas de blanco. De un

lado para otro sobrevolaban drones, algunos tripulados por robots y otros por seres humanos, también con tenidas albas relucientes. Al centro de las construcciones destacaba una planicie, mejor dicho una altiplanicie, con un parque maravilloso, lleno de árboles nativos, extensos prados y fantásticas fuentes de agua que lanzaban chorros que parecían perderse en el cielo para convertirse en nubes. Se producía un formidable contraste entre la modernidad tecnológica de las edificaciones y la naturaleza silvestre de la arboleda. En la parte superior de una de las columnas se ubicaba una escultura de mármol inmensa, con la forma de una mujer muy bonita, idéntica a la de la empuñadura de oro del lujoso bastón de Mister Vil.

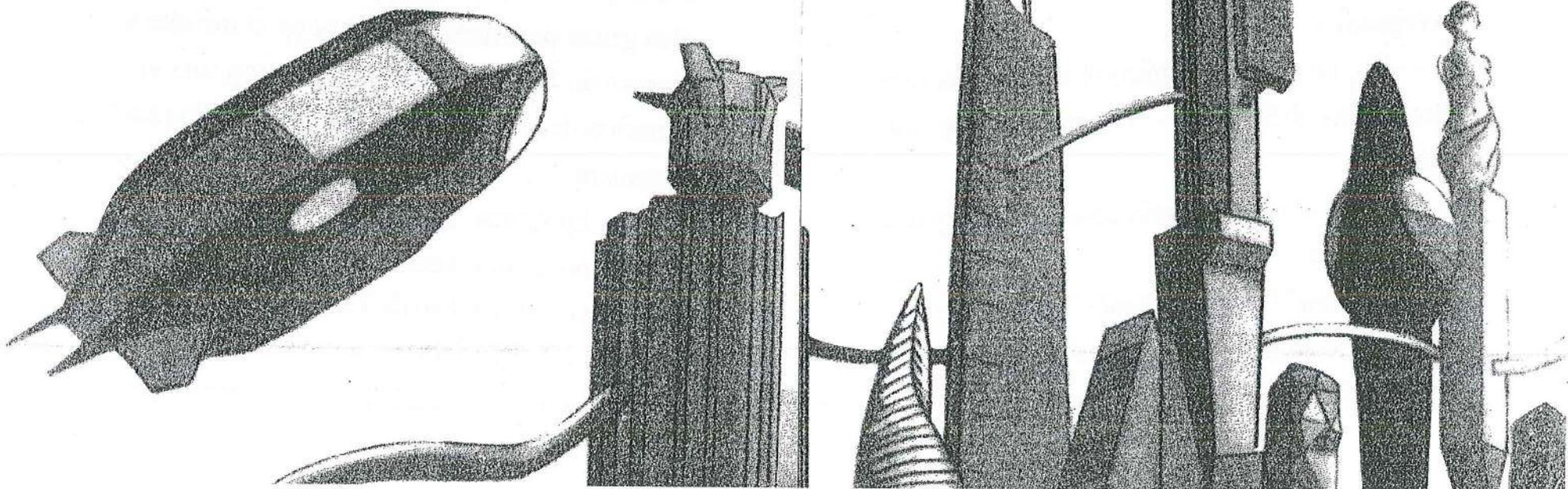
83 —La Venus de Milo —dijo Supertata, entre asombrado y eufórico.

—Sí, abuelo, eso ya lo mencionaste.

—Lo sé, galleta, pero a los viejos nos da por repetir las frases, especialmente cuando son tan dramáticas y suenan tan bien. “La

Venus de Milo, símbolo de belleza y juventud”
—proclamó con su mirada embelesada en las
formas de la estatua.

84 Nuestro gallardo protagonista detuvo su
anticuada nave y ambos personajes descen-
dieron. Él se estiró, haciendo crujir cada uno
de los huesos de su espalda, y ella le pasó su
bastón común y corriente. Tomaron la decisión
de continuar a pie para no levantar sospechas
o, dicho de manera más superheroica, para in-
vadir las instalaciones de forma furtiva. Todo
el perímetro de la propiedad estaba protegido
por un cerco eléctrico y un pozo con cocodrilos,



tiburones y pirañas. Pensaron y conversaron sobre diversos modos de sortear esos obstáculos, pero en todas las alternativas que analizaron, siempre terminaban electrocutados o devorados, o incluso muertos de ambas formas.

Entonces, el anciano dejó caer su vara y se sentó sobre la tierra, como abatido o desalentado.

86 —No te desanimes, abuelo, ya se nos ocurrirá alguna solución —dijo Lucía.

—No estoy desanimado, mijita —balbuceó él.

—¿Qué? ¿Entonces te taimaste? ¿Por qué te tiras al suelo? ¿Estás amurrado? —le reclamó ella, poniendo las manos sobre sus caderas, del mismo modo en que lo hacía su madre cuando la regañaba.

—No, tampoco —replicó el viejito, que respiraba con dificultad—. No me amurré, me apuné.

La niña se tapó la nariz con los dedos y dio un paso atrás.

—¿“Apuné”? ¿Qué es eso? ¿Te vinieron tus problemas de gases digestivos? ¿Se te olvidó tomar la sal de frutas?

Supertata se tendió cuan largo y escuálido era sobre la calzada rocosa y se quedó mirando el cielo azul.

—No, galleta, no tiene nada que ver con mi meteorismo ni con mi lipiria. Apunarse es cuando a uno le afecta la altura y le cae mal. Y a mí me acaba de caer fatal. Creo que ahora mismo me viene un vahído, un desvanecimiento y un patatús. Sigue tú, mi pequeña valerosa, y déjame aquí para sucumbir abandonado. Ya comienzo a sentir un tenue aroma a gladiolos y creo que pronto se aparecerá ante mí esa señora flaca con capuchón y guadaña. Pero no estés triste por mi fatal destino —al decir eso sus ojos grises parecieron perderse en el infinito y pronunció las siguientes palabras con una entonación dramática, digna del mejor de los antagonistas—: “Viví mucho y fui más humano que los humanos. He visto cosas que ustedes las personas no creerían. Naves de ataque en llamas bajo el hombro de Orión. He observado Rayos-C centelleando en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos

se perderán en el tiempo, como lágrimas... en la lluvia. Tiempo de morir”.

El cinematográfico anciano sacó la lengua y cerró los párpados con la esperanza de que pronto se oscureciera el cielo y comenzara a llover.

88 Su nieta lo miró sin entender nada de lo que había expresado y sin tampoco comprender si se esta vez se estaba muriendo de verdad o si otra vez estaba fingiendo. En ese instante se escuchó una severa exclamación a la distancia:

—¡Quién anda ahí!

Lucy dio un suspiro y luego quedó paralizada de miedo. Su sorpresa fue mayúscula al percatarse de que su agonizante abuelo se había levantado con un atlético salto, casi como producto de una milagrosa resurrección, y había corrido cual velocista olímpico para ocultarse detrás de un peñasco.

—Yo... y parece que ahora estoy sola —atinó a decir la dulce y abandonada nena con su fina voz y su corazón latiendo como redoble de tambores.

Entonces se acercó un hombre vestido con mameluco blanco y anteojos de sol espejados, con marco anaranjado. Tenía puestas botas naranjas y un casco del mismo color. Sobre su pecho tenía escrita una letra C naranja, igualmente en su espalda y, para que no cupiese duda, también una C en su casco. Se acercó a la infiltrada con precaución, llevando sus brazos hacia adelante, como para protegerse si ella decidía abalanzársele encima. Sus manos estaban cubiertas por guantes de color... bueno, tal vez esté de más decirlo, pero naranja. La combinación de tonos albos y anaranjados lo hacía verse como una chirimoya alegre.

89 —Tranquila, no tengas miedo —le dijo el hombre—. No voy a hacerte daño, solo quiero saber qué haces aquí y también qué hace aquel viejecito escondido detrás de esa piedra.

El anciano, que, la verdad sea dicha, estaba mucho más saludable y era mucho menos valiente de lo que afirmaba, fue asomando su cabeza a medida que se sintió seguro.

—Venimos en paz —murmuró con voz temblorosa—. Bueno, en paz con todos los que trabajan aquí, menos con uno. Venimos a derrotar al egocéntrico, megalómano y gimnástico Míster Vil.

90 Al escuchar dichas palabras, el trabajador se puso muy nervioso e hizo un ademán de retirarse, pero se detuvo, meditó un instante y luego giró su cabeza para echar un vistazo hacia la ciudadela cibernética desde la cual venía. Entonces, en vez de capturarlos o denunciarlos, caminó hacia donde estaba parapetado Magnesio y le hizo gestos a la nieta para que tuviesen una reunión clandestina. Así quedaron los tres agachados tras la roca.

—¿Qué saben ustedes de Míster Vil? —los interrogó.

Lucy estaba nerviosa y le costó responder, más aún porque se distraía al verse reflejada en uno de los lentes de espejo de los anteojos del sujeto y a su abuelo en el otro.

—Sabemos que su verdadero nombre es Benjamín Sansón Lozano y que es el dueño de

este laboratorio químico farmacéutico, junto a su socio, el científico Bacilo Hipotético Sofista. También sabemos que la empresa se llama Bob & Ben, porque a Bacilo le dicen Bob y a Benjamín lo llaman Ben.

—Querrás decir que *eran* socios —aclaró el misterioso individuo con voz conmovedora—. Bob está desaparecido y ahora Ben Lozano quiere apropiarse por completo de la fábrica para controlarla a su antojo y así poder llevar a cabo sus maquiavélicos planes.

Supertata sacudió su bastón en el aire de la montaña.

—¡Lo sabía! ¡Ese malandrín, malacatoso y malquisto! ¡No lo soporto!

—Tranquilo, abuelo —lo sosegó la nieta, sujetándole los brazos con cariño, mientras el viejo casi se asfixiaba de rabia. Luego se dirigió al hombre de blanco y naranja—. ¿A qué planes se refiere? ¿Usted puede ayudarnos? ¿Cómo podemos entrar al recinto sin electrocutarnos y sin que nos coman los cocodrilos, los tiburones ni las pirañas?

El empleado se quitó los guantes, se sacó sus anteojos y los miró directo a los ojos, con una expresión taciturna y sombría. Luego les habló muy de cerca, en susurros, pero pronunciando con cuidado cada palabra, para que lo comprendieran a la perfección. Esto fue lo que dijo:



—Sí.

La nieta y el abuelo se miraron a los ojos y después volvieron a mirar al abreviado, escueto, lacónico y sucinto orador.

—¿“Sí”? ¿Solo “sí”? ¿Sí, qué? ¿Qué clase de respuesta es esa? —protestó Supertata—. ¿Para eso hizo usted tanta faramalla?

—Perdón, es que me dejé llevar por las sublimes circunstancias. ¿Se dan cuenta? Las afiladas montañas, la nieve resplandeciente, el cielo azul intenso. Me dan ganas de utilizar vocabulario elevado. ¡Oh, se me vienen a la mente tantas metáforas! ¡Mi vida es una macedonia de emociones! Por un lado, la moderna, sofisticada, fría y opresora fábrica, y por el otro, nosotros, tres frágiles mortales, congregados en medio de la naturaleza. ¿Comprenden la notable paradoja?

—¡Por los sabañones de los dedos de mis pies! —prorrumpió el asmático anciano—. Tanta palabrería para decir que no le gusta su trabajo y que por eso nos va a colaborar. ¡Usted es más charlatán que yo!

—Y eso es mucho decir —agregó la niña. Pero se dio cuenta de que el trabajador, a pesar de ser exagerado y rimbombante, hablaba con sinceridad. Algo lo afligía en lo más profundo de su corazón blandengue. Decidió dialogar con él con mucho tacto y amabilidad—. Señor, nosotros solo queremos cooperar, nuestro objetivo es impedir que Mister Vil haga las mal-
94 dades que tiene planeadas. Le pregunto nuevamente: ¿usted puede ayudarnos?

—Sí.

—Muy bien, muchas gracias. Así vamos avanzando. Cuénteme, señor desconocido, ¿cuál es su nombre?

—Me llamo Capiloberto Calvo, pero aquí todos me conocen como Señor C, que es un apodo que me gusta bastante, porque creo que me queda muy bien. ¿No le parece, señorita...?

—Lucía —completó ella—. Lucía Mialgia y este es mi abuelo, Magnesio Mialgia. Y sí, supongo que le va muy bien ese sobrenombre, en especial porque tiene anotada esa letra en toda su ropa y también en su casco. Ahora dígame,

Señor C, ¿cuáles son exactamente las malvadas intenciones que tiene su jefe?

—En los árboles está la respuesta.

La tierna pequeñuela volteó un poco el cuello para atisbar a su antepasado y sintió que se le acababa la paciencia.

—¿En los árboles? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Es un acertijo? Está bien, dejemos esa res-
95 puesta pendiente para más adelante. Pregunta número dos para usted, Señor C. Concéntrese por favor. Míreme a los ojos. Así, muy bien. Escuche con atención. ¿Cómo podemos infiltrarnos en la ciudadela evitando la electricidad y las fieras sanguinarias?

—En los árboles está la respuesta.

—Ya se le rayó el disco a este palurdo zurumbático —aseguró el abuelo—. Me dan ganas de atizarle una zumba, una zurra y una azotaina, pero ¿sabes qué, Lucy? Tengo una idea. Creo que es mejor seguirlo donde vaya. Tengo una corazonada. Bueno, tal vez es mi arritmia, pero podemos probar suerte.

—¿Pero tú no estabas muriéndote de apunamiento? —lo interpeló ella.

El justiciero de pelo blanco se puso de pie gracias a su fiel bastón y respondió:

96 —Mi querida galleta de lengua de gato, como dijera el impresionante impresionista Azorín: "La vejez es la pérdida de la curiosidad". Y yo sigo siendo un chiquillo muy curioso, eso tú lo sabes. ¿Entonces, vamos? ¿Lanzamos nuestro grito de batalla?

—Claro que sí —respondió ella, mirándolo con adoración eterna.

—Uno, dos, tres, cuatro... ¡síncope! ¡A viviiiiir deee nuevooo!

Monstruos acuáticos

En este episodio encontramos a nuestros intrépidos héroes justo fuera del imponente laboratorio secreto de su archienemigo, el miserable Mister Vil. Su intención es penetrar en aquella tecnológica fortaleza, pero para lograr su objetivo deben sortear dos obstáculos:

97

1) Un pozo infestado de tiburones, cocodrilos y pirañas hambrientos.

2) Un cerco eléctrico de miles de voltios.

Han depositado su confianza en un misterioso hombre, el Señor C, quien les ha asegurado que "en los árboles está la respuesta". No han logrado descifrar tan enigmático acertijo y Supértata se ha aguantado las ganas de sacarle la respuesta a bastonazos al obrero. Las probabilidades de éxito están en su contra, pero una

mínima esperanza los empuja a seguir con la aventura.

—¡Una araucaria! —exclamó Lucía—. ¡Qué linda!, sus ramas parten casi desde el suelo.

—Sí, es porque es muy joven —explicó el Señor C—. Debe tener unos cien años.

98 —¿Joven? —preguntó ella, sorprendida y con su cara infantil llena de risa—. Mira, abuelo, es una adolescente centenaria, como tú.

El anciano no puso mucha atención a la broma de su nieta, ya que estaba rabiando con su pierna ortopédica, tratando de acomodarla en su lugar, porque cada tres pasos se le salía con las protuberancias del suelo. Pero cuando finalmente levantó su mirada plateada, se percató de algo que la niña no había observado. No se trataba de una araucaria común y corriente. Más bien era extraordinariamente extravagante: en vez de piñones en las puntas de sus ramas, tenía latas de conservas, con etiqueta y todo.

—¡Santos fierros en mis vértebras! —profirió Supertata—. ¿Por qué le pusieron esos tarros a este pobre arbolito inocente?

El hombrecillo vestido de blanco y naranja sonrió con astucia.

—No se las pusimos, las latas de conservas le salieron a la propia araucaria.

—¿Qué, qué, queque? —preguntaron, pasmados, tanto el abuelo como la nieta, tartamudeando al unísono de la impresión.

Lo que decía el Señor C era totalmente cierto. En vez de dar los frutos que correspondían a esta especie arbórea, de sus puntas habían crecido aquellos recipientes cilíndricos, los cuales colgaban como guirnaldas navideñas. 99

El veterano sacó sus gruesos anteojos de lectura y acercó su mirada a una de las latas, hasta tocarla con la nariz, para así poder leer bien.

—“Salmón Struo. El auténtico salmón” —murmuró, a medida que sus pupilas seguían las letras impresas.

El trabajador de casco les dijo en voz baja:

—En realidad no es salmón auténtico, sino que atún tipo salmón.

—¿Atún tipo salmón? —inquirió Lucía—. ¿O sea es un atún que sabe parecido al salmón? ¿Cómo puede ser eso?

—¡Shhh! —chistó el funcionario y les hizo gestos con los brazos para que se acercaran a escuchar lo que les quería decir. Entonces les susurró, casi al oído—: Bueno, la verdad sea dicha y para ser honesto, tampoco es atún, sino que jurel... tipo atún... tipo salmón. Pero la araucaria se ofende si oye que les revelo eso.

100 —Menos explicaciones transitivas y más acción, so zoquete —rezongó Magnesio—. ¿Qué es eso de un árbol capaz de poner atención y más encima ofenderse? Mejor diga ahora mismo qué tienen que ver estos sucedáneos de comida con el pozo de alimañas y con la reja eléctrica.

—Como les dije antes: en los árboles está la respuesta.

La trillada frase colmó la paciencia de Superata y ahora sí que blandió su bastón cual espada láser y se preparó para propinarle un certero golpe en la cabeza al porfiado operario.

—¡No, abuelo! ¡Detente! —se interpuso la niña—. Antes de que lo apalees, démosle una última oportunidad de explicar qué es lo que quiere decir con eso de que en los árboles está

la respuesta. Después lo haces papilla si quieres. ¡Digo, no! —gritó recapacitando—. ¡No le pegues ni ahora ni después! Un anciano no puede tener reacciones tan violentas. Una dulce nieta sí, pero un abuelo no. ¿O sí?

El Señor C ya estaba hecho un ovillo en el suelo, como un erizo o un chanchito de tierra, afirmándose su anaranjado casco con ambas 101 manos y temblando entero.

—¡No me pegue, hombre de las diez décadas! —dijo de manera muy rebuscada. Al darse cuenta de que el abuelo había detenido su vara en el aire, señaló con entonación de súplica—: ¡Sí, deme una última oportunidad, hágale caso a su bondadosa nieta! ¿Está más calmado? ¿No me va a machacar? ¿Ni ahora ni después? Gracias, mucho mejor, ahora sí nos podemos entender. Aquí va la primera parte de la explicación: a las bestias carnívoras del pozo les encanta el salmón, mejor dicho el atún tipo salmón, quiero decir el jurel tipo atún tipo salmón.

—¡Cáspita! ¡Recontra glotones trogloditas acuáticos! —exclamó el superanciano y bajó su

bastón—. Entonces le daremos este menjurje a los bichos tragones para que se entretengan mientras nosotros cruzamos nadando el temible pozo. ¿Ese es el plan, señor alfeñique?

—Más o menos —respondió el Señor C, aún encogido como pupa—. Les servimos el Salmón Struo para que no salten y no nos coman mientras nosotros cruzamos volando por sobre el cerco electrificado.

Lucía quedó asombrada.

—¿Cruzar volando? ¿Y cómo se supone que vamos a elevarnos?

—Les digo, pero si no me golpean. Ninguno de los dos. ¿Puede ser?

La niña miró a su abuelo con ojos de petición formal y el violento viejecillo accedió a regañadientes.

—Muy bien —dijo Lucy—. Supertata se va a aguantar un poco más las ganas de aporrearlo, con la condición de que usted nos explique cómo vamos a sobrevolar la reja de seguridad, pero le recomiendo que ahora lo haga sin rodeos, de manera simple, digamos, en dos palabras.

—Catapulta de araucaria. ¡Ay, fueron tres palabras! ¡No me pegue, por piedad!

Para sorpresa de todos, incluso de nosotros, Magnesio no lo lastimó, sino que se quedó pensativo, ordenando sus gruesos bigotes.

—Catapulta de araucaria. Mmm... Muy interesante —murmuró con la vista fija en las hojas del árbol—. Tal parece que usted, Señor C, es más avisado de lo que yo creía. Salmón Struo para los monstruos y salto mortal para volar sin morir por sobre la empalizada. Suena muy sensato.

—¿Sensato? —preguntó la niña, espantada—. ¿En verdad crees que esa locura es sensata? Ayayay, abuelo... En verdad contigo a veces no se puede. Mejor dicho: con ustedes dos no se puede hacer nada en serio.

Pero así lo hicieron. Contra la voluntad y buen juicio de la sensata y dulce nieta, abrieron los tarros de conservas de Salmón Struo con el bisturí que Supertata siempre traía consigo, en caso de tener que operarse de urgencia. Arrojaron el jurel tipo atún tipo salmón al pozo y al

instante se formó un hervidero de tiburones, cocodrilos y pirañas devoradores de comida enlatada. Se veían muy felices y más de algún cocodrilo se tragó a alguna piraña por error. Lucía sintió ternura al verlos engullir tan contentos y de manera tan salvaje.

—¡Ahora, a la catapulta de araucaria! —clamó el Señor C.

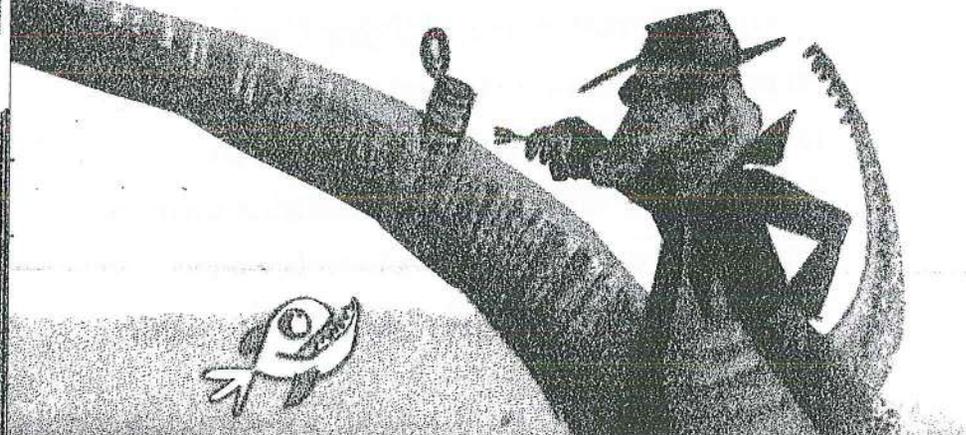


Corrieron hasta el árbol y el operario de blanco y naranja sacó un lazo como de vaquero, el cual hizo girar en el aire y luego arrojó hacia la copa de la conífera. Quedó perfectamente ajustado al tronco y entre los tres la jalaron hasta dejarla tan curva como un arco listo para disparar una flecha o bueno, como una catapulta.

—¡Venid conmigo, *lady* Marian! —llamó Supertata a su nieta—. Subíos al artefacto lanzador y aferraos del follaje. Vos también, Pequeño Juan. Ha llegado el momento de abandonar la seguridad del bosque de Sherwood y atacar el castillo del malvado Sheriff de Nottingham.

El obrero susurró al oído de la niña:

—¿Qué le pasa a tu abuelo?



—En este momento cree que es Robin Hood, pero ya se le va a pasar —respondió ella, un poco sonrojada.

De un zarpazo, Magnesio "Robin de Locksley" Mialgia cortó la cuerda y salieron disparados por sobre el pozo mortífero y el cerco mortal. Mientras iban en el aire, a Supertata le surgió una duda y se la preguntó al Señor C.

—Decidme, Pequeño Juan, ¿dónde es que vamos a aterrizar?

El operario no alcanzó a responder, porque entonces cayeron desde el cielo y se dieron un porrazo monumental y estrepitoso contra un montón de nieve. Y gracias al cielo el montículo era lo suficientemente esponjoso como para que no se reventaran, pero quedaron bastante molidos y maltratados.

Luego de rearmarse, el Señor C se adelantó en puntillas hasta una puerta de hierro con remaches de acero y los llamó, haciendo gestos discretos con uno de sus anaranjados guantes y poniendo el otro con el dedo índice sobre sus labios, como para decirles "Shhh". En cuanto

recibieron la indicación, la valerosa infanta y el varón rampante avanzaron gateando para no ser descubiertos.

Y aquí concluye este episodio lleno de acción y aventuras, pero el que viene a continuación es aún más impresionante, ya que ocurre en las mismísimas entrañas de la guarida secreta del maléfico Mister Vil. Y se revelan muchos secretos de la historia y todo cuadra, incluso con otros libros del mismo autor. Y hay acertijos numéricos y hasta se menciona la epidemia de risa en Tanganica. O tal vez no.

Por sus frutos los conoceréis

108 Después de abrir la pesada puerta metálica, Lucía, Magnesio y el Señor C cruzaron a lo largo de un angosto pasillo, iluminado por tenues tubos fluorescentes que parpadeaban como si estuviesen enfermos. Por los muros corrían cañerías de gran diámetro que goteaban, formando charcos en las baldosas del suelo.

—Es un corredor abandonado —les dijo el trabajador del laboratorio—. Lo uso para salir sin ser visto.

La pequeña niña sintió curiosidad.

—¿Salir sin ser visto? ¿No le dan permiso?

—No. Está prohibido dejar la fábrica. Y solo afuera encuentro algo que no tengo dentro.

—¿Qué cosa? —preguntó Lucy.

El hombre de mameluco naranja detuvo su caminar y la miró directo a los ojos.

—Paz —le dijo con voz grave—. Afuera tengo paz y quietud. Puedo sentarme a mirar las montañas y el cielo. Puedo sentir el viento de la cordillera en mi cara. Tengo tiempo para mis propios pensamientos, no los que alguien más intenta poner en mi mente. Incluso puedo quedarme un rato sin hacer absolutamente nada. Eso es lo que me hace más feliz.

—Santas lagunas mentales —exclamó Supertata—. Usted me cae cada vez mejor, señor extático. Ya no me dan ganas de pegarle, sino que de ser su amigo. El ocio es el padre de la creatividad. Y la contemplación de la naturaleza es la madre de la bondad.

Pronto llegaron a una compuerta que tenía un panel digital, una pantalla táctil y un sensor láser. Todas cosas muy modernas y tecnológicas. El operario anotó una clave en el panel, luego puso su mano en la pantalla y acercó sus ojos al sensor. Entonces dijo en voz alta y firme:

—C, C, C, C... C. Capiloberto Calvo, cadete clase C.

110 Una voz femenina computarizada respondió "Aceptado" y la puerta se descorrió de manera automática de abajo hacia arriba. Lucy no alcanzó a preguntarle si Capiloberto Calvo era su verdadero nombre porque, al abrirse la entrada, ella quedó boquiabierta al contemplar la maravilla que ahora se presentaba ante sus ojos vivaces. El túnel por el cual venían semejaba una diminuta cueva de ratones comparado con el inmenso salón que estaba frente a ellos. Era una especie de gigantesco vestíbulo donde una multitud de mujeres y hombres circulaban de un lado para otro, todos muy afanosos y concentrados. Algunos parecían científicos, ya que vestían delantales blancos y llevaban bolígrafos naranjas en sus bolsillos del pecho. Otros debían ser obreros, como el Señor C o Capiloberto o como fuera que se llamara, ya que iban con los mismos overoles blancos y cascos anaranjados. Y, finalmente, otros eran robots, ya que parecían... bueno, tenían aspecto de robots

comunes y corrientes. Todas estas personas tenían prisa y no se detenían a admirar la formidable edificación, cuyo techo era tan alto que parecía estar en el cielo, ni tampoco reparaban en el inmaculado suelo, que relucía impecable. Los muros eran enormes ventanales que dejaban entrar la luz del sol reflejada en la nieve exterior. La temperatura era agradable: fresca, pero no fría. Ideal para trabajar, no tanto si uno quería echarse una siestita.

—Sígueme —les pidió su guía.

—Pero, Señor C, nos van a descubrir al instante —dijo Lucía—. Bueno, tal vez mi abuelo puede pasar sin ser notado, pero de todas maneras alguien se va a fijar en mí, que soy una niña.

El obrero la miró con una sonrisa triste.

—Aquí nadie tiene tiempo para fijarse en nadie más, pequeña. Sígueme, por favor, debemos ir al ascensor número 103, el que sube hasta el piso 212, donde está el invernadero número 127. Allí les mostraré exactamente qué es lo que trama Ben Lozano y también

comprenderán lo que les decía acerca de que en los árboles está la respuesta.

—¿No era solamente la catapulta de araucaria? —preguntó la nieta.

—Oh, no, pequeñuela. Podríamos decir que eso fue tan solo un aperitivo, un tentempié. La verdadera respuesta de los árboles es un plato de fondo mucho más succulento.

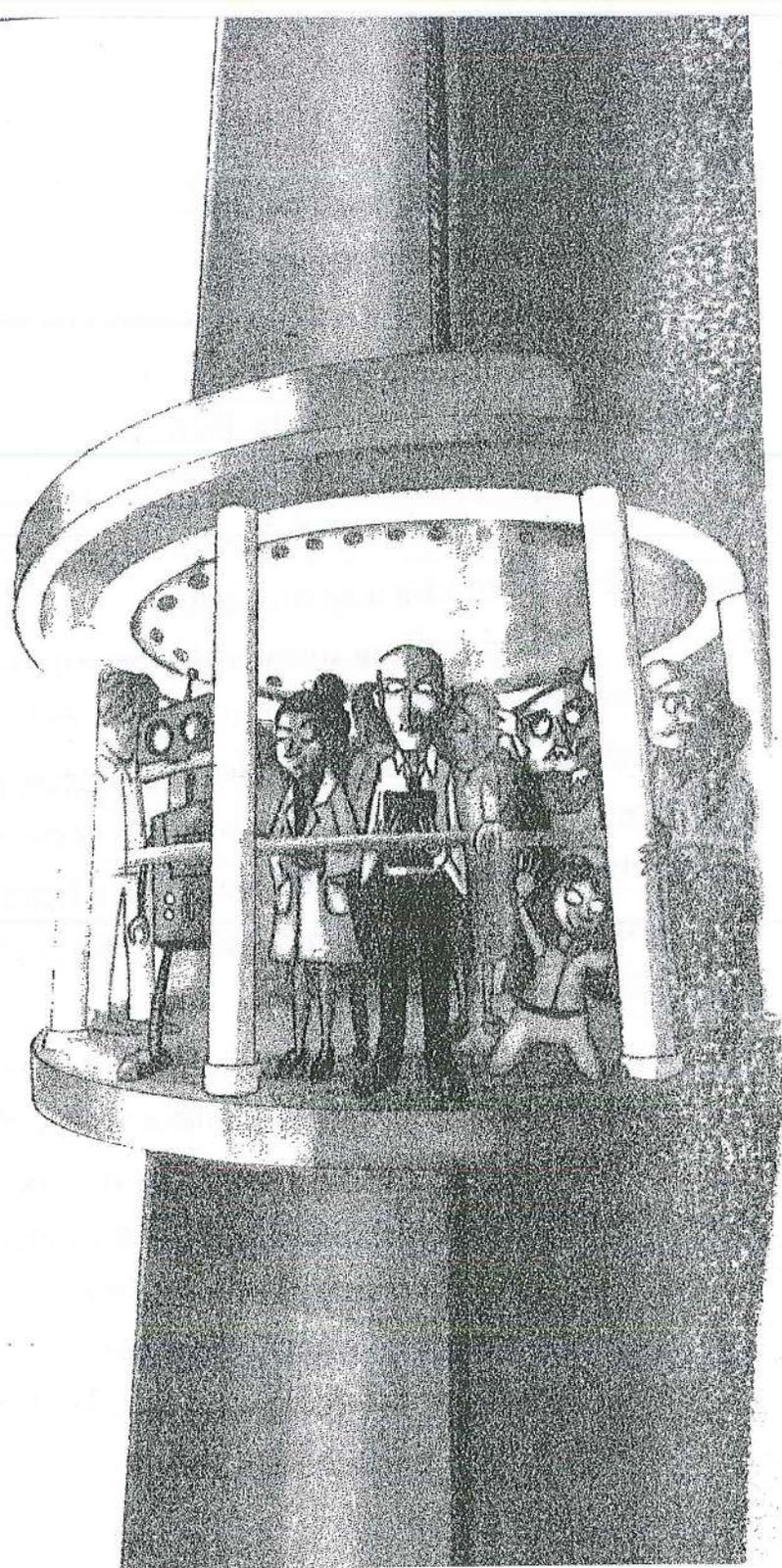
—Bendita flora intestinal y bendita fauna invernal —dijo el anciano—. Este individuo está más loco que cabra de los Pirineos, pero te prometo, Lucy, que ya lo siento como a un viejo compañero, casi un hermano. Y fíjate que yo tengo amigos de hace más de 95 años, eso lo sabes.

Avanzaron hasta el amplio elevador de cristal y esperaron su turno junto a varios científicos y operarios que tenían sus ojos prácticamente pegados a sus dispositivos móviles, como si los atrajera una potente fuerza magnética. Aquellas pobres gentes permanecían en silencio y tecleaban a toda velocidad con sus pulgares. Claramente, sus vidas estaban más

dentro de esos pequeños aparatos que afuera, en el mundo real, con las personas de carne y hueso. Lucía sintió lástima por ellos. También había varios robots, quietos como estatuas, pero la niña no sintió pena por ellos, sino que curiosidad de saber cómo funcionaban. En ese momento, un suave tono como de xilófono anunció la llegada del ascensor y las puertas de acero se abrieron sin emitir el más mínimo sonido. Ingresaron con disimulo; la nieta con su cabeza pegada a las ropas de su abuelo y el anciano poniendo cara de despistado, lo cual le resultaba muy bien. Lucy levantó su mirada para apreciar las dimensiones del artefacto de carga y quedó impresionada al percatarse de que era más grande que el departamento donde ella vivía con sus padres. La niña apoyó sus manos en el vidrio, que era curvo y formaba un colosal y perfecto semicírculo o, mejor dicho, una sección de esfera. Se quedó mirando hacia las montañas blancas en el exterior, recortadas por un cielo azul como de bandera nacional. Desde el techo llegaban sutiles chorros de aire

con un leve perfume, muy similar al desinfectante de ambientes que usaba su mamá, aquel que decía “Fragancia aroma de montaña”. Pensó en lo distinto que era del verdadero aroma de montaña que circulaba por entre esos escarpados riscos. También pensó en sus padres y los echó mucho de menos, a pesar de que su mamá dijera que su abuelo se había vuelto loco por culpa de la vejez y no lo tomara muy en cuenta. En ese momento, el ascensor aceleró hacia arriba y Lucía sintió como si se hundiese el estómago, peor que en una montaña rusa, casi como si sus entrañas fuesen a quedarse en el suelo mientras el resto de su cuerpo se elevaba a una velocidad supersónica. La niña se aferró de la chaqueta de su abuelo y cerró los ojos, muy apretados. Sintió con su mano la tela suave de la bufanda de seda del anciano y la llevó hacia su corazón.

—¡Mijita, me estás ahorcando! —le indicó Supertata con los ojos saltones, la lengua afuera y la cara roja.



—Ups... —dijo ella y soltó la pañoleta, gracias a lo cual el rostro de Magnesio retornó a su lividez habitual.

116 El elevador gigante finalmente se detuvo, entonces se abrieron las imponentes y silenciosas puertas y los tres paladines de la justicia salieron junto al resto de los trabajadores, en un silencio como de examen final en el que el curso entero está a punto de repetir.

—Aquí es —señaló Capiloberto.

Al parecer, el fastuoso Benjamín Sansón Lozano tenía una obsesión por las puertas grandes, ya que esta era aún más descomunal que todas las anteriores y tenía pintado un enorme número 127. Tamañas cifras a Lucía le recordaron a su amiga Catalina, a la que le fascinaban los selk'nam y que estaba de cumpleaños el doce de julio, es decir, 12-7. Se le ocurrió que, tal vez, todos los números que había visto y oído tenían algún significado oculto.

Nuevamente, el Señor C tecleó, puso su palma, miró fijo al detector y pronunció las cinco ces, su nombre y su cargo con excelente dicción.

Y otra vez la señorita de mentira le dijo "Aceptado" con acento maquinal y la puerta se abrió, pero ahora de arriba hacia abajo.

—¡Por el yelmo de don Quijote, la capa de Superman y los colmillos de Drácula! —exclamó Supertata y de inmediato se puso a estornudar de manera convulsiva.

117 El invernadero era del porte de un estadio y en él crecía un bosque completo de los más fabulosos y extraños árboles que jamás nadie hubiese visto. O al menos Lucía y su abuelo.

—¡Salud! —le dijo Capiloberto, al tiempo que la nieta lo miraba asustada, porque el anciano no paraba de estornudar.

—¡Achú, achú! —profería al expulsar millones de partículas por su nariz y boca—. ¡Ay, mijita, qué alergia tan grande me dieron estos árboles, achú, arbustos, achú, y plantas, achú! Y tú sabes que tengo los bronquios pésimos... ¡Achú! Y también tengo intolerancia al centeno. ¡Achú! Lo sabes. Ojalá que no me dé el baile de san Vito, mira que la danzamanía es un padecimiento muy terrible.

—Ay, abuelo —reclamó la niña con los ojos hacia arriba y exhalando fuerte—, no me vas a salir ahora con que existe la enfermedad del baile.

118 —¡Claro, que sí, achú! A nuestros antepasados en Francia les bajó esa tontera y estuvieron zangoloteándose por meses... ¡Achú! Eran cientos de personas danzando. Algunos dicen que fueron miles. Y mejor ni mencionar la epidemia de risa en Tanganica. ¡Achú!

—¡No se preocupe, achacoso señor! Así como tenemos la toxina, también fabricamos el antídoto —señaló el operario y corrió hacia uno de aquellos estrambóticos árboles, que no era una araucaria de latas de conserva de jurel, sino que un alerce que daba tarros de aerosol antialérgico.

Le roció la cara al caduco héroe hasta que este paró de estornudar.

—¡Prodigioso! —exclamó Supertata, refresgándose la nariz y luego sonriendo de oreja a oreja.

El Señor C los guió entonces en un placentero recorrido por entremedio de aquellos maravillosos especímenes. Algunos árboles daban varios tipos de frutas al mismo tiempo, algo así como un tutifruti arbóreo. Otros daban dulces, helados, papas fritas, *hot dogs*, incluso empanadas y *sushi*. En resumen, todos los tipos de comida en que uno pudiese pensar, ya sea sana o chatarra. También estaban los de remedios y los de venenos.

119 —Hay algo que no entiendo —comentó Lucía—. ¿Para qué tienen los árboles de venenos? Comprendo que hayan inventado los de alimentos y los de remedios. Pero ¿para qué quieren envenenar o enfermar a las personas?

Capiloberto Calvo se quitó su casco por primera vez desde que lo conocían y pudieron ver cómo brillaba su cabeza pelada.

—¡Usted es calvo, señor Calvo! —vociferó Magnesio Mialgia.

El calvo funcionario no le hizo caso al vejete y en cambio sí le respondió a la dulce y preguntona niña.

—Para mí también es un misterio, Lucy
—dijo, con tono melancólico—. Yo era feliz
trabajando por la paz mundial. No, no me mire
con esos ojos de suspicacia, señor antiguo, no
estoy fingiendo. Imagínense cuánto bien po-
dríamos hacerle al planeta Tierra con todos
estos alimentos. No más hambre, no más po-
breza. También con los maravillosos árboles de
medicamentos que pueden combatir todas las
enfermedades habidas y por haber. Pero Ben
Lozano tenía un plan diferente, uno que nun-
ca nos contó. Y aún no logro entender por qué
decidió crear las plantas de venenos y enferme-
dades. Cuando alguien se atreve a preguntarle,
él dice: "Para descubrir la cura hay que conocer
el achaque", pero más pareciera que, en el fon-
do, no quiere que haya gente sana. Basta con
ver los siniestros experimentos que ha hecho
con aquellos pobres e inocentes animales...

La niña y su abuelo se miraron con una sú-
bita expresión de extrañeza y miedo. De he-
cho, ella tuvo que taparse la boca para ahogar

un grito de pánico. Fue el superanciano el que
hizo la pregunta, con voz temblorosa.

—¿A qué animales se refiere usted, Capilo-
berto?

El Señor C bajó la mirada y se puso de nuevo
su casco naranja.

—Vengan. Más vale que lo vean con sus pro-
pios ojos, porque si solamente les cuento, ja-
más me creerían.

¿Quién es el dueño del tiempo?

122 Si hubiésemos podido observar a Lucía, Magnesio y Capiloberto desde el cielo, hubiéramos visto que parecían hormigas dentro de una burbuja de cristal del tamaño de una casa. Mejor dicho, media burbuja: plana por abajo y redondeada por arriba. Aún mejor dicho, un cuarto de burbuja: plana por abajo, ya que era el suelo de la terraza a la cual se habían asomado, plana por detrás, que era la parte que se sujetaba a la altísima torre y redondeada por el frente. Recordemos que habían subido hasta el piso 212 y que se encontraban en aquella sofisticada ciudadela tecnológica en medio de las montañas nevadas.

—Ay, mijita, sujétame, por favor —suplicó Supertata—. ¡Qué vértigo más grande!

Estamos tan alto que si me cayera al vacío, llegaría aún más viejo abajo.

Estaban parados al borde del cuarto de burbuja, apoyados en una baranda metálica. Muy lejos de ellos se alcanzaba a divisar una arboleda aún más crecida que la del invernadero. Era un frondoso bosque, un oasis en medio de la nieve.

123

—Para observar los detalles necesitarán estos binoculares —les dijo el Señor C—. Toma, amable niña, aquí tienes los tuyos. Y tome, señor centenario, estos son para usted.

Lucy apoyó el teleobjetivo contra sus ojos y enfocó a la distancia. Parpadeó muy rápido, en parte porque sus largas pestañas rozaban los lentes y le hacían cosquillas, pero más que nada por lo asombrada que quedó con lo que vio.

—¡Guau! —exclamó.

—¿Qué, qué, queque? ¡Qué es esto! —tartamudeó su abuelo.

El bosque era del mismo tipo de árboles exóticos que recién habían conocido, pero la gran gran diferencia es que aquella no era una

simple floresta, sino que estaba poblada de animales vestidos con ropas humanas, que caminaban en dos patas y que incluso manejaban autos multicolores y motocicletas estrepitosas. Y no solo eso, también se distinguían casas muy particulares, al parecer construidas con el mismo cristal del cuarto de burbuja desde donde nuestros personajes contemplaban semejante prodigio, pero con un diseño arquitectónico que Lucía jamás había visto, ni oído nombrar, ni siquiera imaginado.

—Parecen relojes de arena gigantes —balbuceó.

Capiloberto no alcanzó a dar una explicación y Magnesio tampoco pudo mencionar una cita de algún famoso ni contar un chiste aburrido, porque la salida tras de ellos se cerró de un soberbio y escandaloso portazo. Entonces se escuchó una voz ominosa que provenía de todo su alrededor.

—“¡Yo soy el dueño del tiempo!”.

En ese momento, el suelo comenzó a temblar tanto que no pudieron mantenerse en pie.

Supertata cayó cual espantapájaros y su cuerpo se puso a rebotar de un lado a otro sin poder afirmarse y quejándose con cada golpe.

—¡Ay-ya-ya-ya-yay!

Entonces, el cuarto de burbuja se despegó del monumental edificio, cerrándose sobre sí mismo. Ahora sí era media burbuja, pero más semejaba a un ovni, especialmente si tomamos en cuenta que quedó flotando quieta algunos segundos y, de pronto, salió disparada, describiendo una curva para encaminarse hacia la escultura de la Venus de Milo. Los involuntarios tripulantes se aferraban de lo que podían y también entre ellos.

—¡Soy muy joven para morir! —exclamó Lucía.

—¡Y yo soy muy viejo, pero tampoco quiero estirar la pata! —gritó su abuelo.

Cuando se aproximaron al rostro de la estatua, la boca de la mujer de mármol se abrió para dejarlos entrar en su burbuja-nave de cristal. Luego se posaron sobre una pista de aterrizaje dentro de la cabeza de la efigie, que volvió

a cerrar sus labios (podríamos decir que Venus se los comió).

—“El tiempo está de mi lado —volvió a escucharse la temible voz envolviéndolos con su eco—. Y tú eres el único que aún se interpone entre el divino tesoro y yo. Además que desde que éramos niños no te soporto, así que ahora... ¡te destruiré!”.

126

—¡Yo tampoco te trago a ti, Mister Vill!
—respondió Supertata gritando hacia arriba, con el cogote estirado—. ¿O acaso creías que no me había dado cuenta de que eras tú el que nos hablaba en ese tono tan teatral? Tanto que



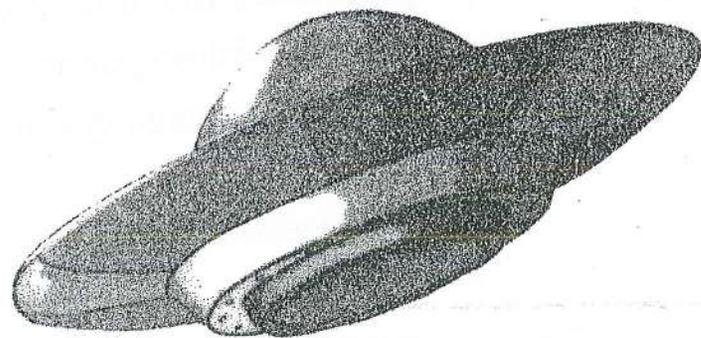
te gusta pavonearte, ¡por las plumas de los pájaros dodo!

En ese momento comenzó a emanar un gas verdoso desde el suelo, con toda seguridad un veneno mortífero y mortal, que les provocaría una muerte mortuoria.

—¡Oh, no, abuelo! —exclamó Lucía—. Y ahora, ¿qué hacemos?

127

—¡Estamos perdidos! ¡Soy muy joven para morir! —chilló el Señor C, pero decidió cambiar su oración al darse cuenta de que el abuelo y su nieta lo miraban con reprobación por repetitivo—. O bueno, en realidad no soy ni tan joven ni tan viejo, pero ¿por qué tengo que ser yo al que le toque morirse? ¡Soy muy cuarentón para



morir! ¿Así está mejor? —dijo y luego y se sacó el casco e intentó tirar los cabellos que no tenía.

—Tranquilo, hombre, no sea tan alharaco —lo retó el anciano valeroso—. No estamos perdidos. Se me ocurrió un plan. Cuénteme, ¿cuánta fuerza tiene usted?

128 El ambiente se hacía cada vez más espeso, tanto que casi ya no se podía ver y la nave parecía una burbuja rellena de humo verde. El operario dudó un momento, pero luego respondió:

—Un poco. No mucha. Casi nada. Aunque en realidad tengo más fuerza física que anímica, si eso le sirve.

—Me sirve, so alfeñique pusilánime. Tómeme de las piernas y hágame girar. Soy puro pellejo y unos cuantos huesos rotos, así que no le va a costar mucho.

—¿Qué, qué, queque? —dijo Capiloberto.

—¡Oiga! Eso lo digo yo, no me plagie. Deme vueltas como si usted fuera un campeón olímpico del lanzamiento del martillo y después me arroja contra el vidrio.

—¡No, abuelo! ¿Cómo se te ocurre decir eso? —preguntó la niña angustiada.

—Confía en mí, mi galleta crocante de miel —le señaló el audaz viejito, al mismo tiempo que el Señor C lo agarraba de sus patas flacas y comenzaba a moverse en círculos como un remolino—. ¡Este fastidioso Benjamín Lozano dice que me puede destruir! —gritaba para que su nieta lo pudiese escuchar bien mientras él giraba. Cuando estaba lejos, Lucía apenas lo podía oír, pero cuando se acercaba, sus alaridos casi la dejaban sorda—. ¿Acaso creará que soy un muñeco articulado que se puede desarmar? ¡No tiene idea que soy yo el que va a romper en mil pedazos sus planes perversos! Le daré una cucharada de su propia medicina y tú sabes que yo soy un experto en dosis, lo sabes. ¡Guiiii!

129 Eso fue lo último que alcanzó a decir al salir disparado como fuego artificial de Año Nuevo, mientras Capiloberto siguió girando solo, como trompo cucarro de Fiestas Patrias. Lucía observó a su abuelo volador con el corazón apretado, con una aflicción de Viernes Santo.

El desenlace de esta escena con tantos feridos fue sorprendente e inaudito. Justo en el preciso momento en que se iba a estrellar contra el cristal de la burbuja asesina, Supertata se quitó el zapato de su pierna ortopédica, dejando a la vista los fierros de titanio en aleación con acero inoxidable y alambre de púas.

¡CRASH!

Así sonó el estallido cuando la pata biónica del hombre de hierro atravesó el cristal que los aprisionaba.



El cuarto de burbuja o media burbuja o lo que sea voló en mil pedazos, que quedaron esparcidos en fracciones por toda la pista de aterrizaje. Con precisión se podría decir que en milésimos de burbuja de vidrio.

—Osado señor añejo, ¿está usted bien? —le preguntó el operario de blanco y naranja.

—No peor que antes, gracias por su preocupación, joven imberbe y pelón. Algunas hemorragias internas, unos cuantos órganos menos, varios traumatismos encéfalo craneanos, pero

nada más. Y lo bueno es que yo estoy acostumbrado al humo, así que no me ardió la vista —le respondió, con los ojos inyectados en sangre, tan rojos como la mamadera de un vampiro.

132 —¡Ahí está Mister Vil! —indicó Lucy, con un brazo estirado, el otro curvado hacia el cielo y las piernas flectadas, en una pose como de esgrimista—. ¡Atrapémoslo antes de que se nos escape!

—¡Muajaja, ñaca ñaca! ¡Sí me escaparé! ¡Jamás podrán capturarme, jamáaas! —los desafió y se envolvió con su capa negra en un movimiento de torero, con tan mala suerte que se tropezó con la punta del manto y se fue de bruces al suelo.

Supertata terminó de acomodarse su pierna ortopédica y caminó hacia su archirrival, cojeando un poco.

—Espigado y sobreactuado, atlético y patético... —sentenció, mirándolo mientras el bribón se retorció como gato de espaldas.

Lucía también se acercó, observó al caído y completó la oración de su abuelo.

—Con una capa larga, tan negra como su alma amarga.

—Je, je. Este escuincle tuvo un problema de *gravedad*: sufrió una caída forzosa por tomarse las cosas demasiado en serio, je, je. ¿Lo entienden? ¿Grave y *gravedad*? —se ufanó el anciano.

El malhechor pataleó furioso hasta que logró ponerse de pie, con la ayuda de su fino báculo de ébano y con un cetro de oro tan falso como sus espurias ambiciones. Ordenó sus ropas, los miró fijamente, apretó con rabia sus labios delgados y peinó sus rizos teñidos.

—¿Qué se han imaginado? —los interpeló Mister Vil—. ¿Creen que un pequeño traspie impedirá que lleve a cabo mi plan maléfico?

—Claro que sí —dijo el superviejo.

—Claro que no —le respondió el supervillano.

—Que sí.

—Que no.

—¡Basta! —los interrumpió Lucía, exasperada—. Los dos me tienen cansada. Son unos testarudos. Deberían aprender a dialogar como personas civilizadas.

—Él empezó.

—No, él empezó.

—Que sí.

—Que no.

—¡Grrr! —gruñó la nieta, a quien el par de vejestorios ya le habían colmado la paciencia.

134 —No te exaltes, pequeña niña —dijo el anciano malo—. Aún no estoy vencido. De hecho, no tienen ninguna posibilidad de vencerme. Mi plan es perfecto y pronto lo pondré en marcha.

—Tú ya estás vencido, so fósil antediluviano —le dijo Supertata—. Tan vencido como un yogur hecho con leche de dinosaurio.

—Ja, ja, ja. Tus excelentes chistes desde niño me han causado mucha risa —dijo Mister Vil, y Lucy se quedó mirándolo impactada, sin poder comprender cómo podían hacerle gracia las bromas de su adorado, pero tedioso abuelo—. Pero recuerda, Magnesio "Necio" Mialgia: yo soy Benjamín Sansón Lozano, el anciano más joven del mundo. Y siempre, siempre seré menor que tú.

Ahora sí que el abuelo perdió la compostura. Se puso rojo como orzuelo, se tiró varias mechass que le quedaron en las manos y de sus orejas prácticamente salía vapor hirviente.

—¡Por tan solo un año! —gritó, furibundo, el viejo más viejo de los dos.

135 Sin mediar aviso, Supertata se abalanzó sobre Mister Vil. Se armó un zafarrancho y una tole tole y, finalmente, el mayor de los dos sometió al más joven, tirándolo al piso otra vez. Pero ahora no permitió que se incorporara, sino que sacó el pegamento N-grudo Extra Pegote de su placa dental y adhirió las manos y los pies de su rival al pavimento. Después, hurgó entre sus bolsillos y su cara se inundó de felicidad cuando encontró una cajita donde guardaba una portentosa jeringa con la cual pinchó al malandrín en su trasero.

El señor C y la pequeña quedaron boquiabiertos.

—¡Qué destreza, señor arqueológico! —lo felicitó Capiloberto—. ¿Le inyectó un suero de la verdad para que nos cuente su plan secreto?

El superanciano se secó el sudor de la frente.

—No, tan solo es una mezcla de laxante con psicotrópicos alucinógenos, una majamama que inventé la otra noche. Ahora se va a poner a hablar cabezas de pescado y, entre tanta incoherencia, seguramente se le van a escapar algunas verdades.

136

Ben Lozano de inmediato comenzó a delirar.

—¡Jamás les contaré mi proyecto ultrasecreto de los árboles fructíferos, los animales parlantes, las enfermedades y los venenos! ¡Nunca, nunca! Muy bien, ahora les pido que me despeguen y me acompañen a aquel espléndido auto eléctrico para darles un paseo turístico por mis aborrecibles y flamantes instalaciones. Son mi orgullo. Así les cuento mi proyecto confidencial con lujo de detalles. ¡Nunca se los diré! Se los diré ahora mismo. ¡Jamás! De inmediato. ¡No! Por supuesto que sí.

Supertata abrió el neceser de cuero que Remedios le preparó con tanta dedicación y sujetó con sus dedos y extremo cuidado el lí-

quido que usaba para quemarse las verrugas plantares. Vertió unas cuantas gotas sobre los guantes de terciopelo morado de Mister Vil y también en sus zapatos de charol. Así consiguió despegarlo del suelo y también hacerlo chillar de dolor como un verraco. Después montaron los cuatro en el vehículo eléctrico, que era similar a un carrito de golf, y comenzaron el insólito recorrido introduciéndose por un túnel de techo curvo. 137

La pequeñuela le habló al oído al padre de su padre.

—Abuelo, dime, ¿el señor Lozano no va a quedar loco para siempre, verdad?

—No, mi galleta bañada en chocolate blanco, ahora quedó un poco lelo, pero se le va a quitar después de que se desmayer.

—¡Desmayarse! ¿Dijiste “después de que se desmayer”?

—Exacto, podríamos decir que ahora es un *preámbulo*, es decir, una persona que camina sin darse cuenta antes de dormir. Cuando

le den las carcajadas será nuestra señal para capturarlo, porque allí se convertirá en *risueño*, o sea, un individuo al cual le dan ganas de dormir cuando se ríe.

—Ay, abuelo.

Yo quiero la pasa mundial

—Estimados pasajeros: ajústense sus cinturones porque vamos a cruzar una zona de turbulencia —anunció Ben Lozano, imitando la voz de una azafata a través de un altavoz. Entonces los miró con una sonrisa de orate y ojos giratorios como de muñeca antigua. 139

En efecto, pasaron por un sector de lomos de toro y calamina que los hizo sacudirse un poco. Luego frenaron ante la compuerta de una bóveda, algo así como esas cajas fuertes de máxima seguridad que intentan robar los ladrones en las películas.

—¡Ábrete, sésamo! —comandó el hipnotizado malandrín y la puerta se abrió de par en par.

—¿Ábrete, sésamo? Je, je, qué original —comentó Magnesio—. Te queda bien el alias de Alí Babá, so bodoque aturdido.

—¿Cierto que sí? ¡Claro que no! ¡Por supuesto que sí, soy la reencarnación de Alí Babá! —respondió el líder malvado—. Pero tengo un poco más que cuarenta ladrones. En esta fábrica trabajan cuarenta mil.

140 —¡Yo no soy ningún ladrón! ¡Soy un hombre decente! —reclamó el Señor C, pero de inmediato volvió a agachar la cabeza, muy sumiso y atemorizado.

Míster Vil peinó sus oscuros rizos e intentó fijar la mirada en su empleado, pero le resultó muy difícil, ya que su cabeza se meneaba como cola de perro regalón.

—Tienes razón, tú no eres ratero como yo —le dijo—, pero sí eres un flojo redomado, que te escabulles de la fábrica para divagar y perder el tiempo en quizás qué diligencias. ¡Ja! ¿Ahora te pones colorado de vergüenza? ¿Creías que yo no te había pillado en tus “escapaditas”? En mi laboratorio yo lo sé todo y lo veo todo. ¿Y esos pucheros? ¿Quieres llorar? ¿Quieres llorar? ¡Llorón, llorón!

—¡No lo moleste! —le demandó Lucía.

—No lo moñeste —la remedó el rufián—. Mira, chiquilla, por culpa de este mentecato fue que los sorprendí a ustedes ingresando de manera ilegal a mis instalaciones privadas, así que yo no lo defendería tanto si fuera tú. Pero claro, yo soy yo y tú eres tú. Y tú no eres yo y yo no soy tú. ¿O era al revés?

Supertata frunció el ceño, elucubrando, lo cual hizo que su rostro se arrugase como diario de chimenea. Finalmente, cuando su cerebro crujió, cuajó y dio con una respuesta lógica, sus ojos grises se iluminaron de alegría. 141

—¡Santas copuchas de viejas conventilleras! Apuesto a que tienes de esas filmadoras, como las que usan para poner las cintas que pasan en el biógrafo. ¡Con esos artefactos nos espíaste!

—¿Te refieres a cámaras de circuito cerrado? Sí, contamos con miles de ellas, pero las cámaras son para principiantes. ¿O era para príncipes prismáticos prístinos? Me siento un poco aturdido. Como sea, prefiero métodos más ingeniosos. Como tú ya has de saber, Magnesio “Necio” Mialgia, soy un consumado maestro

del disfraz. De hecho le enseñé todo lo que sabe a ese traicionero desertor de Bacilo Hipotético Sofista, también conocido como Bob. Sí, niña, comprendo tu expresión de asombro. ¿Recuerdas ese androide que te miró de reojo en el ascensor número 103? Era yo. ¿Y el cocodrilo que casi le muerde las nalgas escuálidas a tu abuelo? Yo también. Je, je. Ñaca, ñaca.

—¡Ah, no, no y no! ¡No, señor! —objetó el más viejo de todos los presentes—. ¿Me vas a decir también que eras tú aquel simpático zorro disléxico que se nos apareció en el camino?

—¿De qué zorro me hablas? Mis experimentos incluyen bestias parlanchinas, si a eso te refieres, pero nada de dislexia, dislates, dislalia ni tampoco a la señora Eulalia. Jo, jo, me siento tan humorístico.

—¿Bestias? Esos pobres animalitos son sus conejillos de Indias —lo desafió la dulce nena.

—¿De Indias? —preguntó el bandido confundido—. No, son conejos de los cerros, comunes y corrientes. Bueno, eran comunes porque, para satisfacer mis oscuros propósitos, les di

cualidades humanas, como el don del habla, el andar bípedo y hasta la capacidad de quejarse de cualquier cosa. Lo tuve que hacer así porque no me dejaban experimentar con personas de verdad. Aunque ustedes ya pudieron constatar que nadie es capaz de impedirme nada. ¿Recuerdan a ese ingenuo pequeñín al cual le espolvoreé unos fantásticos y fatídicos polvos mágicos desde el techo de su casa? Se llama Bartolo y lo vengo tratando de envenenar y enfermar desde hace años. Lamentablemente, aquel chiquillo de moledera me salió muy resistente y, para peor, al parecer mi pócima le dio aún más fuerza de voluntad y le transmitió poderes a su cama. ¿Pudieron verlo salir volando sobre su catre mágico o estaban demasiado ocupados haciéndome caer desde las alturas? Déjenme decirles que es de muy mala educación aporillarle los planes a un genio malvado.

Lucía y su abuelo no le respondieron. En ese momento arribaron a una sala del tamaño de una cancha de tenis.

—¡Madre mía, qué frío hace aquí! —exclamó Supertata—. Mijita, abraza a su pobre abuelo, mire que me puede venir un aire y quedo con la boca chueca.

—Es mi máquina de criopreservación —les dijo Mister Vil—. ¡Qué linda me quedó!, ¿cierto?

—Sí, está bastante bonita —concordó el
144 más anciano, castañeteando la mandíbula—, pero no vinimos aquí a hacer apreciaciones estéticas. ¡Basta de cháchara! ¡Dinos por qué creaste esos árboles tan extravagantes!

—Eso ya se los dije yo —intervino Capiloberto—. Son para alimentar a toda la población mundial.

—Ah, sí, tienes razón —concedió Magnesio—. Entonces, dinos... ¿Cuál pregunta es la que viene ahora, galleta decorada? Ayúdame, por favor, tú sabes que se me va la onda, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, abuelo, no te preocupes —lo tranquilizó su dadivosa nieta—. La pregunta que viene ahora es por qué hicieron los árboles de venenos, enfermedades y comida chatarra,

porque los de antídotos, de medicinas y de alimentos sanos se entiende que son para beneficiar a la gente.

Mister Vil adoptó una pose como de político a punto de dar un discurso.

—Para descubrir la cura hay que conocer el
achaq...

¡Pam! No alcanzó a finalizar su famosa frase, porque Supertata le atizó un palazo en la cabeza con su bastón. El líder del lado oscuro levantó su báculo negro, pero la fuerza acompañaba al anciano maestro, quien ejecutó un giro de brazo como de espadachín y golpeó el sable láser de su oponente, arrojándolo lejos. 145

—No me vengas con chamullos ni chivas peludas, so mangonero de jardín infantil y di la verdad ahora mismo o te pego de nuevo.

—Por supuesto —dijo el malvado, pero cobarde, rufián—. Usted sabe, señor Mialgia, que yo siempre me he preocupado por mi apariencia personal.

—Vanidoso, presuntuoso y presumido —completó el enjuto vejete.

—Es cierto, todos esos adjetivos me vienen como anillo al dedo, lo reconozco. El punto es que, con el pasar de los años, ya no era el joven lozano de antes. Bueno, Lozano sigue siendo mi apellido.

—Como Calvo es el mío... y soy pelado —acotó Capiloberto.

146 —Lo que usted diga, señor operario de guantes anaranjados, pero permítame proseguir —pidió el alucinado bandido, al tiempo que abría la compuerta de una especie de sarcófago de cristal, de cuyo interior emanó un vapor gélido que cubrió el suelo—. Terrible y muy tremendo fue mi sufrimiento al ver que, por más esfuerzos que hiciera, no podía seguir siendo el más sano, atlético y juvenil habitante del planeta Tierra.

—Pero todos los seres vivos envejecen, así es la naturaleza —comentó Lucy, mientras observaba cómo el vaho blanquecino se arrastraba hasta una inmensa cápsula ovalada, que tal vez era una nave espacial, pero más se asemejaba a un supositorio para gigantes.

—¡No acepto la naturaleza! ¡Yo soy el dueño del tiempo! —profirió el malhechor, pero se calmó en un segundo al ver a Supertata, su némesis, con el brazo en alto, blandiendo su vara.

—¿Qué es lo que no aceptas? —le preguntó amenazante el violento ancianito.

—Nada, nada... Digo todo, todo. Por favor, baje esa arma mortal, señor boticario. Eso, gracias, así está mucho mejor. Pero pónganse en mi lugar, se los ruego. Por más que fuera al gimnasio con una docena de entrenadores personales, por más que hiciera yoga con un gurú importado del país de las maravillas... Nada daba resultado. Corrí los 42K, los 64K y hasta los 1.024K. Usé esteroides, anabólicos y células madres, hijas e incluso nietas. 147

—Y yo que tenía vergüenza por usar mi tónico capilar "Mansamelena" —acotó el superabuelo—. Tú eres el sujeto más adicto a la juventud que haya pisado el planeta.

—Invertí todo mi tiempo, mi esfuerzo y mi dinero y aún así no logré detener el avance de mi vejez. Mi vida se convirtió en un calvario.

Me sentía cada día más feo y pensaba que nadie, nunca, me iba a querer. Entonces decidí inventar mis propios medicamentos, mis propios tratamientos para rejuvenecer. Así fue como hice mi fortuna en la industria cosmética y farmacéutica. Me aproveché de la obsesión por la belleza de miles de sujetos tan vanidosos como yo. Utilicé el miedo para amasar mis millones. 148 ¿El miedo a qué? El miedo a la vejez y a la soledad. El temor, mejor dicho el terror, al sufrimiento. Con ese dinero construí este fabuloso laboratorio químico, digno de supervillano de película de espías, como Goldfinger o el Doctor Malito. Cuando logré eso estaba feliz, porque aquí podría hacer todos los experimentos que fuesen necesarios, aunque estuviesen prohibidos. Usaría árboles, animales, lo que fuera. Pero mi pócima maléfica no funcionaba como yo deseaba, al menos no con seres humanos tan tenaces como ese niño Bartolo. Me faltaba algún ingrediente. Por eso envié al torpe de Bob Bacilo a robar tu conocimiento o, bueno, a comprarlo. Y resulta que el traidor se escapó,

pero al menos tuvo la decencia de mandarme una encomienda con las mercaderías que le encargué. De todas las boticas de todos los pueblos de todo el mundo, justo tenía que ser la tuya la mejor de todas. ¿Por qué siempre tienes que saber más que yo? ¿Por qué te sacabas mejores notas que yo en el colegio? ¿Por qué eres mejor científico? ¿Por qué tenías más amigos? 149 ¿Por qué tus chistes siempre han sido tan graciosos y los míos no? ¿Por qué Pituitaria te eligió a ti y no a mí? ¡Por qué, por qué! ¡Siempre te he envidiado, tú siempre consigues lo mejor! ¡Te odio, Magnesio Mialgia! —gritó Míster Vil, desafortunado y ahí mismo, junto al ataúd de vidrio, cayó de rodillas y se puso a llorar sin consuelo—. Nadie, nadie puede comprender mi dolor. Esa es mi verdad. ¡Buaaa!

—Pobre hombre, esa es su verdad —dijo el Señor C, conmovido y al borde de las lágrimas.

—¡Pamplinas, nada de pobre hombre! —lo recriminó Supertata y luego giró su destartado cuerpo para hablarle a su rival—. Y tú, viejo ambicioso, dime ¿qué es esa patraña de

“mi verdad”? Verdad hay una sola, so científico relativista. Y la verdad es que eres tan egocéntrico y tan malo que, al ver que no encontrabas la fuente de la eterna juventud, te volviste loco y perverso y decidiste envenenar, engordar y enfermar a los demás. Ya comprendí tu cruel razonamiento: “Si no puedo estar mejor yo, entonces que estén peor los demás”. Eso es ser muy malvado y resentido, pero no me sorprende viniendo de ti. Me has molestado toda la vida, pero en el fondo me envidiabas, tal como lo has confesado por fin. Amabas a Pituitaria, pero ella me amaba a mí. Eres un mal perdedor, Benjamín Sansón. Creías que la lozanía y la salud por sí solas te iban a dar la verdadera alegría, pero mírame a mí: soy un viejo con todas las enfermedades que existen y soy mucho más feliz que tú. Lo físico se deteriora tarde o temprano, pero el espíritu se mantiene joven cuando es noble. Tu alma es amarga y sientes rencor contra mí, así que decidiste desquitar tu rabia contra toda la humanidad. ¿Es correcta mi deducción?

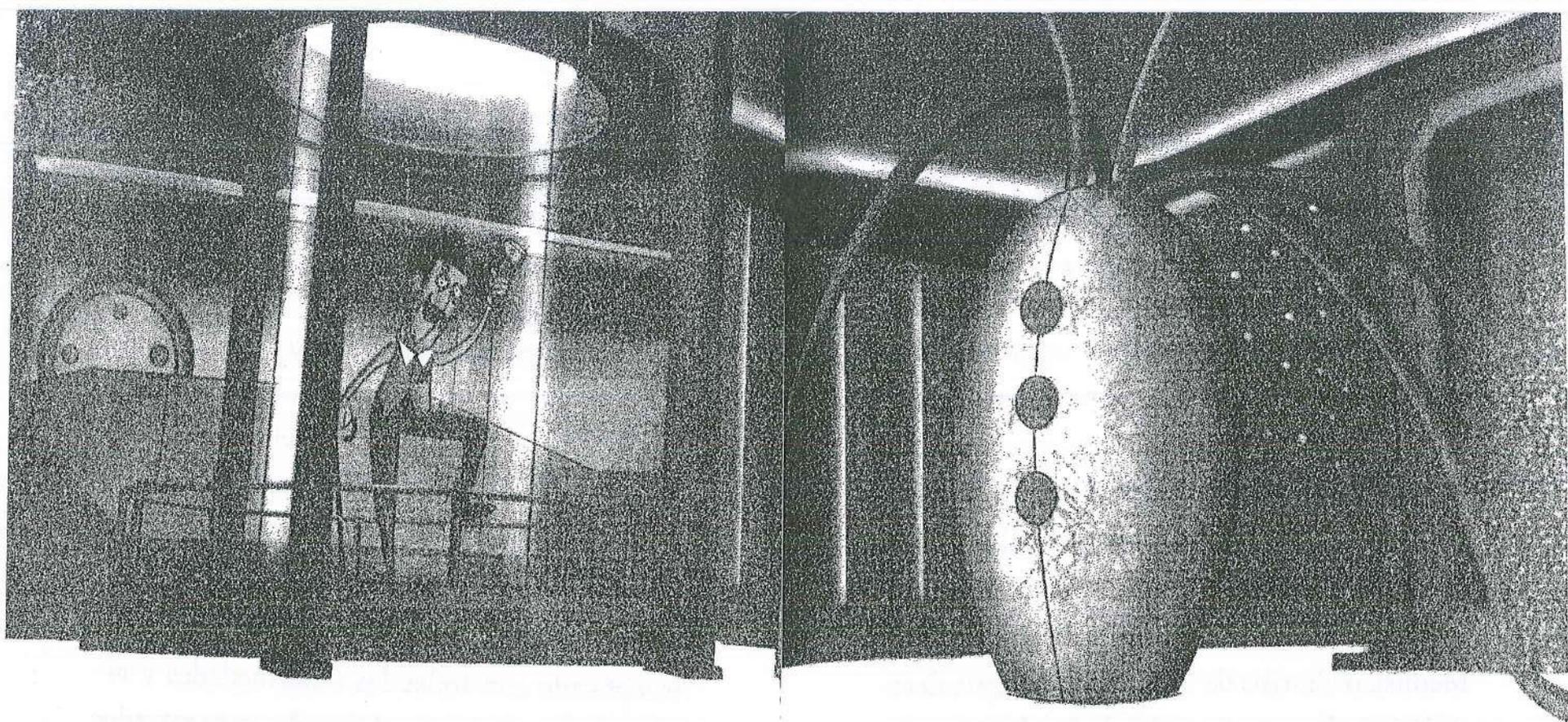
—¡Lo es, lo es! —clamó Míster Vil con los brazos en alto y los dedos crispados. Su pose, sus guantes violeta y su capa negra le daban un aire melodramático, como de desenlace de musical—. ¡Si no puedo ser yo el que tenga el mejor estado físico, que sean los otros los que se deterioren! ¡Si no soy el más joven, entonces que los demás envejezcan! Si no consigo que me admiren, al menos necesito que me odien. Si no pude tener a la mujer de mis sueños, ¡entonces todos tendrán pesadillas! ¡Ja, jaja! ¡Ja, jaja! ¡Muaja jajajá!

Lucía dio un salto y advirtió a su antepasado.

—¡Abuelo, abuelo, fíjate: le vino la risa! ¡Es la señal! Ahora se va a quedar dormido y se le va a quitar la hipnosis, ¿cierto?

—Sí, mi galleta de la fortuna. Hay que atraparlo antes de que... ¡Ay! Ya se metió en su sarcófago. Ahora este viejo chiflado capaz que se crea momia de faraón egipcio.

El villano de la historia continuó solazándose con sus carcajadas desde el interior de la caja de vidrio, se encerró con pestillo y luego



les mostró un control remoto que sacó del bolsillo de su pantalón.

—Miren, miren lo que haré ahora. Una vez más no pudiste impedir mi plan siniestro, Magnesio "Necio" Mialgia. ¡Lero, lero! —se burló y luego oprimió varios botones en el dispositivo, como si fuese un niño jugando con su teléfono.

Para que se entienda bien esta crucial escena, podemos explicar que están los cuatro personajes dentro de un frío y amplio salón. Mister

Vil se acaba de meter dentro de una pequeña cámara de cristal, algo así como un ascensor transparente, que es su máquina de criopreservación, es decir, un aparato para mantenerse en buen estado utilizando un frío congelante. Lucía y su abuelo están un par de escalones más abajo, muy enojados y mirando con atención lo que el bribón pretende hacer al teclear en un dispositivo que tiene en sus manos. El Señor C está escondido detrás de ellos, pálido

de susto. A un costado del receptáculo hay otro aparato, más grande, metálico y pintado de blanco immaculado, que a Lucy le pareció un supositorio para gigantes o una nave espacial. Cuando Benjamín Sansón Lozano terminó de anotar instrucciones y códigos secretos en su especie de teléfono celular, la nave-supositorio se activó y cientos de luces titilantes iluminaron la sala. De la parte superior del artefacto salían varios tubos, al parecer cinco, que semejaban gladiolos marchitos o cabellos lacios de Medusa o chorros de una fuente de agua decorativa o... bueno, se entiende la idea: partían hacia arriba y luego se curvaban hasta llegar al piso. Bajo ellos se encendió un letrero rojo que decía: "PASA MUNDIAL".

—¡Oh! —exclamó Capiloberto con admiración— ¿Ven que es cierto que don Benjamín quiere la paz mundial?

—¡No, no y no! —reclamó Ben Lozano desde dentro del habitáculo—. No dice "Paz mundial", sino "Pasa mundial", operario iletrado. Esto me pasa por contratar empleados sin hacerles una

prueba de ortografía —recriminó a su subalterno y luego les habló a los tres haciendo uso nuevamente de su voz ominosa, es decir, siniestra y que presagia algo muy malo—. ¿Recuerdan esos pequeños saltos en el auto eléctrico? No era calamina, ni lomos de toro, sino que cinco cañerías que salen de esta maravillosa y pérfida bomba. Sí, tal como lo oyen: ¡una bomba! ¿Que cómo funciona? Muy fácil. Esa cápsula de allá no es una nave espacial ni mucho menos un supositorio para gigantes. Es un contenedor, un receptáculo con todas las enfermedades y venenos que existen en el mundo, concentrados en un gas fétido. ¿Comprenden? Todos, toditos los padecimientos, achaques y dolencias juntos. Este control remoto que tengo en mi mano es el detonador. En cuanto escriba la clave final, la bomba hará explosión y el gas saldrá disparado por las cinco tuberías que se dirigen a los cinco continentes habitados. ¡Y todos se contagiarán y contaminarán, muajaja! ¡Y quedarán arrugados y achurruscados como pasas! ¡Como pasas! ¡PASA MUNDIAAAL!

Solo el amor es infinito

156 Lo que comenzó como una sencilla historia de un abuelo medio chiflado y su valiente nieta se ha transformado en una odisea de proporciones épicas. En medio de las montañas cordilleranas, en su laboratorio secreto, el malvado Mister Vil acaba de revelar que va a hacer explotar una bomba de gas que envenenará y enfermará a todos los habitantes de la Tierra. Lo que no ha explicado es cómo se va a salvar él mismo de no contagiarse e intoxicarse.

—¡Ahora mismo lo digo! —exclamó, exasperado—. Como pueden apreciar, ustedes están allí fuera y yo acá dentro. Le eché llave con doble vuelta y el cristal es blindado, así que jamás podrán capturarme. A esta sofisticada pecera la llamo "Tanque Vitalicio" y cumple

con dos objetivos. Primero, me protege de la contaminación, de los virus, bacterias, hongos y también de los compuestos químicos que producen adicción a la comida. Y segundo, tal como les dije antes —veamos si pusieron atención—, es mi máquina de criopreservación, es decir, me va a preservar con frío hasta que el planeta esté descontaminado.

157

—Eso sería si fuese "frío-preservación". Si es criopreservación, yo diría que más que con frío te va a preservar como un crío —bromeó Supertata.

—Qué chiste tan malo, ahí te caíste, Mialgia —se mofó Ben Lozano.

—Más malo es tu plan —le rebatió Magnesio, ofendido—. ¿Qué ganas con estar congelado por cientos de años y después salir a un mundo apocalíptico?

—La respuesta es fácil, Necio. Ser el mejor de todos.

—El menos malo, querrás decir, porque todos van a estar para la miseria —le rebatió—. Sé que ya lo he dicho un par de veces antes, pero

no te soporto. Eres capaz de cualquier cosa con tal de ganar. Siempre has sido tan competitivo, desde que eras un mocoso.

—Y tú desde niño has sido un perdedor.

—Ay, no, ya van a empezar a discutir de nuevo —intervino Lucía.

158 —¡Eso sí que no te lo voy a aguantar, viejo teñido! ¡Nadie me llama perdedor! —exclamó furioso el que era mayor por un año y comenzó a golpear el Tanque Vitalicio con su bastón, a patear el cristal con su pierna falsa y, más que nada, a proferir insultos y groserías que no se pueden reproducir en una aventura infantil. Pero, al parecer, Mister Vil tenía razón: el vidrio era indestructible.

De pronto se encendieron unos números rojos en el artefacto explosivo llamado Pasa Mundial.

10, 9, 8...

—¡Oh, no, abuelo! ¡Va a estallar la bomba! Y ahora, ¿quién podrá defendernos?

—¡Yo no! —exclamó el Señor C—. Porque estoy que me hago pipí de susto.

Supertata se quedó quieto y enderezó su espalda lo más que pudo, tomando en cuenta su escoliosis. Una sonrisa astuta se formó en su rostro mientras peinaba sus bigotes canosos.

—Espera y verás, hombrecillo. Tú estás que te haces pipí, pero a este rufián le va a dar una diarrea de Padre y Señor nuestro. Recuerden que el potingue que le inyecté a Lozano contenía altas dosis del laxante más potente jamás creado.

159

Y precisamente en ese momento comenzó a oírse un ruido gutural espantoso desde dentro del empañado Tanque Vitalicio, una especie de gorgoteo volcánico mezclado con aullidos de lobo estepario. Era Mister Vil que se retorció de dolor intestinal.

7, 6, 5...

—¡Oh, no! ¡Sáquenme de aquí, por piedad! ¡Se atoró el pestillo y no puedo salir! —imploró—. ¡Acabo de tener un accidente gástrico y no soporto el olor!

—Eso te pasa por malo —le dijo Magnesio—. Querías embarrarles la vida a los demás y ahora tendrás una cucharada de tu propia

medicina. Mejor dicho de tu propia... bueno, se entiende, no hay para qué ponerse asquerosos. Tendrás el castigo que te mereces. Quedarás congelado en tu propia inmundicia.

—¡Sáquenme, tengan compasión! —suplicaba el truhán.

Lucy se aferró a su adorado pariente con desesperación.

—¡Abuelo, ya no queda tiempo, la cuenta regresiva va a llegar a su fin! —exclamó y lo miró con ojos angustiados—. Y también llegará nuestro propio fin.

4, 3, 2...

El anciano contempló a su nieta con amor infinito. Le tomó ambas manos y le dijo:

—Mi querida galleta de Navidad, ahora viene mi gran acto final. Como dijera el genial y contradictorio Oscar Wilde: "La tragedia de la vejez no es ser viejo, sino haber sido joven".

—No entiendo lo que dices y creo que no es el momento para frases célebres.

Él le acarició su tierno rostro de niña.

—A lo que me refiero es que tú tienes toda la vida por delante. Y permíteme corregir a Wilde. La verdadera tragedia de la vejez no es ser viejo, sino nunca haber sido joven. ¿Comprendes?

—No y no quiero que me hables así —le respondió ella con lágrimas que rodaban por sus mejillas rosadas.

—Lucía, mi querida Lucía. Yo ya he vivido todo lo que tenía que vivir —afirmó y luego dio un largo suspiro—. Tal vez demasiado. Cuando se llega a viejo uno sufre de falta de sueños y de exceso de recuerdos. Todo se vuelve confuso. Toma en cuenta que tú tienes solo diez años de los cuales acordarte y yo sepetecientos chorromillones. No llores, mi niña preciosa. Yo fui un hombre inmensamente feliz, lo sabes. Y gran parte de esa felicidad te la debo a ti, mi nieta adorada. Gracias por apreciar a este viejo deschavetado, te doy tantas gracias por quererme. Tú eres una verdadera supernieta. Disfruta tu infancia y vive intensamente. Ahora estás fabricando tus memorias. Lo que experimentes

hoy será lo que recuerdes cuando seas vieja. ¿Por qué crees que nuestro grito heroico es "A vivir de nuevo"? Porque cada aventura emocionante, cada acto de generosidad, cada sonrisa sincera te hace volver a vivir, le da sentido a tu existencia. Entonces recuérdame como un hombre que quiso ser bueno, que vivió de nuevo incontables veces y dile a Remedios que la amo con locura y pasión.

Todo lo anterior lo conversaron entre el segundo 2 y 1 porque así son las historia de superhéroes cuando llegan al clímax.

1...

Entonces, sin previo aviso, el anciano le soltó las manos a la niña y con un atlético salto se lanzó encima de la bomba.

¡BRUAAAM! ¡Pam, pam! ¡PUM!

La detonación del aparato explosivo sonó como un trueno, como redoble de batería de un grupo rockero. Cuesta creer que aquel anciano flacucho pudiese abalanzarse sobre la máquina, pero de alguna forma sacó fuerzas de flaqueza, hizo de tripas corazón y adquirió el

vigor de un Hércules. Si el viejito hubiese sido aquel fortachón mitológico, entonces Lucy sería la valerosa Atenea, el Señor C sería Hermes que los condujo al Inframundo y Míster Vil tendría que ser el can Cerbero, aunque él mismo fuese el prisionero.

Magnesio, además de ser capaz de caer encima del maléfico mamotreto, también logró agarrar los cinco tubos ponzoñosos y estrangularlos con sus brazos, como si en verdad fuese un musculoso fortachón ahorcando a un pulpo gigante. Lo malo fue que la enorme presión del gas los hizo reventar y todas las toxinas fueron a dar directo al rostro de Supertata. Al parecer, de los doce trabajos de Magnesio "Hércules" Mialgia, este sería el último, final y fatal.

—¡Abuelo, no! ¡No, nooo! —fue el grito desesperado de la nieta, que nada pudo hacer para salvar al temerario viejito, cuyo cuerpo salió disparado por el aire hasta aterrizar detrás de unos computadores, como si fuese un muñeco de trapo.

El tiempo pareció detenerse y el ruido enmudeció. Lucía solo podía escuchar los latidos de su propio corazón. Luego, la acción se desarrolló como en cámara lenta, a medida que recobraba sus sentidos. Sentía la boca seca al respirar y tenía la vista nublada. Tosió y se limpió las lágrimas.

164 —¿Está usted bien, señorita? —le preguntó Capiloberto, quien apareció como una sombra entre el humo de la explosión de la bomba Pasa Mundial, el gas venenoso y el vapor helado del Tanque Vitalicio.

Lucy palpó sus extremidades para asegurarse de estar completa.

—Creo que sí... pero mi abuelo, mi Super-tata. ¡Ayúdeme, esto no puede terminar así! —le suplicó con la cara manchada de polvo y llanto—. Por favor, ayúdeme a rescatarlo... o al menos a recogerlo —dijo con un hilo de voz y entonces cayó de rodillas al suelo, resignada y ya sin esperanza al darse cuenta de que era imposible que su amado Magnesio hubiese sobrevivido. Luego levantó la mirada hacia el

operario—. Perdone, Señor C, casi me he olvidado de usted. ¿Cómo se siente?

—Aún sigo siendo Calvo y calvo, así que supongo que todo sigue igual —le dijo, y se quitó el casco y lo puso sobre su pecho. Lo hizo para revelar su cabeza pelada y así acentuar su broma en un intento de subirle el ánimo a la niña, pero más que nada lo hizo por respeto hacia el difunto anciano—. Señorita, su abuelo fue un héroe de verdad. 165

Ella no alcanzó a contestar, ya que detrás de las máquinas se sintieron ruidos desordenados, como de fierros chocándose y latones rotando. Entonces surgió una figura espectral de entre la niebla, que se arrastraba por el suelo con movimientos lentos y quebrados. Era Magnesio Mialgia o, mejor dicho, lo que quedó de él. Le faltaba una pierna, tampoco tenía un ojo, su piel estaba ennegrecida y llena de arrugas, sus ropas rasgadas y le faltaban varios dientes. De pronto les habló con voz gutural.

—¡Soy un zombi, soy un zombi!



Lucía casi se desmaya al ver a su amado antepasado convertido en un muerto caminante, con grandes ojeras, las canas tiznadas y los brazos extendidos hacia adelante, como un sonámbulo o, bueno, como un zombi.

—¡Abuelo, no nos comas, por favor!

Síncope

168 —¡Soy un zombi, soy un zombi! —repetía el muerto viviente, antes conocido como Supertata.

La niña temió por su vida y la de su acompañante. No le gustaba para nada la idea de ser zampada, masticada y tragada por su antepasado, por mucho que ahora estuviese semifallecido y no supiese lo que hacía.

Dentro del Tanque Vitalicio, Mister Vil ya estaba congelado. Por culpa del incidente digestivo, su rostro tenía una horripilante mueca de pánico, frenesí y desesperación. Sus manos habían quedado pegadas al cristal, en un inútil intento de rasguñar para conseguir su escape. Sus ojos lucían más saltones que nunca y su mandíbula estaba abierta, petrificada en un

último y eterno grito de auxilio. El vapor dentro de aquella habitación de cristal ya no era tan blanco como antes.

—¡Guácatela, qué asco! —dijo el zombi.

A Lucía le pareció extraño que el monstruo fuera asquiento, tomando en cuenta que los zombis, de por sí, son seres bastante repulsivos. Achinó sus párpados para observar con 169 detención a la criatura.

—¿Abuelo? —le preguntó con suspicacia.

—¿Dígame? —dijo el espectro.

La tierna infanta enfureció.

—¡No lo puedo creer, esto es demasiado, abuelo! —lo recriminó a gritos—. ¡Todo tiene un límite y hay cosas con las que no se bromea!

—¡Por los piojos de Sansón! Perdón, mijita, pero no te enojés tanto, que te vas a poner vieja como yo. Tú conoces bien mi sentido del humor absurdo, lo conoces. Y no me has seguido el juego.

—¿De qué juego hablas? —le preguntó la niña, roja de rabia.

—¿Dígame? —volvió a decir él, guiñando el ojo que le quedaba y poniendo el énfasis en la sílaba “me”.

Lucy resopló mirando el techo, pero luego accedió al capricho de Magnesio y dijo:

—Me.

170 El viejo se ufanó de su broma y con la risa se le cayeron varios dientes más.

—¿Diga? —prosiguió con su chiste.

—Ga —respondió su nieta, con una paciencia de santa—. Listo, es suficiente. Ahora, ¿podrías armarte de nuevo? Con Capiloberto te ayudaremos a encontrar tus partes, pero tú solito vas a tener que ponerlas en su lugar. Y no creas que se me pasó el enojo, después de solucionar este desastre vamos a hablar seriamente tú y yo. ¿Señor C, sería tan amable de acompañarme a buscar las piezas perdidas de este Iron Man que se las da de cómico?

Supertata le sonrió al operario de mameluco blanco y casco naranja.

—Je, je. “Iron Man que se las da de cómico”, qué gracioso. Ella heredó mi sentido del humor irónico. ¿No le parece una niña muy precoz?

El señor Calvo asintió y después procedió a colaborar en la restauración del superjubilado. Fue como una operación arqueológica de reconstrucción del esqueleto de un ser prehistórico. Le pusieron la pierna ortopédica, el ojo de vidrio, los dientes postizos y todo lo demás que se le había salido. Por suerte, al final no sobraron piezas y quedó como nuevo o, para ser más precisos, como viejo, igual que antes.

—¿Y qué hacemos con don Benjamín? —preguntó Capiloberto, exhausto después de reparar a Supertata.

—¿Qué cree usted, señor pelele? —replicó el anciano—. Lo llevaremos directo al cuartel de policía. Y después, ¡que lo metan a la cárcel! Él mismo eligió su condena, así que pasará unos cuantos siglos como cubo de hielo en ese ambiente nauseabundo, rancio y azumagado. ¡Qué ganas de estar ahí, en el futuro, para ver su cara cuando se despierte y descubra que el mundo está mejor que nunca!

—¿Eso piensas, abuelo? ¿En el futuro el mundo estará mejor que nunca? —dudó la

niña y después examinó al veterano con sus ojos brillantes—. ¿Y tú? ¿Estás mejor o peor que nunca? Porque la bomba Pasa Mundial te estalló directo en tu cara.

172 —Todo bien, mi oblea regalona —respondió él, feliz de la vida. O, mejor dicho, feliz de lo que le quedaba de vida—. Creo que me contagié de malaria, de dengue, de síndrome de Münchhausen y un poco de dolor de uñas, pero aparte de eso, me siento fenomenal. Y total, ya estoy tan viejo que una enfermedad más o una menos da lo mismo.

—¡Cof, cof! —tosió la pequeña y su abuelo cambió el tono festivo por uno muy serio.

—¿Te sucede algo, mi galletita de avena querida?

—No lo sé, cof, cof —contestó con dificultad—. Es probable que a nosotros nos hayan llegado algunas toxinas y enfermedades. Espero que no sea nada grave. En cuanto volvamos le voy a pedir a mis papás que me lleven al doctor, cof, cof.

Después de tan dramático y victorioso desenlace, Lucía y Magnesio salieron por la puerta ancha del laboratorio Bob & Ben, ovacionados por todos los científicos, operarios y hasta por los robots, que también estaban aburridos de aguantar a su opresor mandamás. El Señor C los acompañó y ayudó a amarrar el Tanque Vitalicio al Tatamóvil.

173

—Misión casi cumplida —afirmó Supertata, orgulloso de que el bien hubiese triunfado sobre el mal—. Solo faltan un par de detalles y estamos listos.

Bajo el sol reflejado en la nieve cordillerana, su nieta amada lo miró con curiosidad.

—¿Qué falta, abuelo?

—Alguien tiene que hacerse cargo de esta industria, alguien que la lidere con buenos propósitos, que sea justo con sus empleados y que libere a esos animalitos parlantes.

Capiloberto se quitó su casco naranja y se rascó su calva, al parecer para ayudarle a su cerebro a pensar.

—¿Quién podrá ser esa persona? —preguntó, con su candidez de siempre.

—Ay, no te hagas el menso —le dijo el anciano con tono burlón—. ¿Acaso no has leído novelas de aventuras o historietas de acción? El personaje que es puro de corazón, a pesar de su debilidad, siempre recibe un gran premio al final. A algunos les toca una fábrica de chocolates; a ti te tocó este laboratorio químico farmacéutico. Hay que estar contento con lo que se tiene y no triste con lo que no se tiene. ¿O te vas a poner regodeón?

—¡No, por supuesto que no, señor Mialgia! —exclamó el Señor C, tan nervioso que dejó caer su casco sobre el Tanque Vitalicio, lo cual, para sorpresa de todos, le ocasionó una trizadura al cristal irrompible—. Pero no me parece justo que usted me designe así, como con el dedo. Pienso que debiera ser un acuerdo colectivo.

El veterano reflexionó peinando sus bigotes canosos, mientras la quebradura en el sarcófago de cristal seguía creciendo.

—Tienes razón, haremos una elección democrática —le dijo y luego se dirigió a la multitud expectante, gritando voz en cuello—: ¿Quieren que el gran alfeñique bonachón sea su jefe?

—¡Sí! —contestaron todos. Los androides respondieron "10100001 01010011 11101101 00100001".

—Listo, asunto solucionado. Claro que este lugar no puede seguir llamándose "Bob & Ben", ahora que Bob Bacilo se dedicó a convertir mugre en energía y que a Ben Lozano lo convertimos en mugre congelada usando casi toda nuestra energía (qué lindo juego de palabras me salió). ¿Qué nombre le quieres poner?

Capiloberto estaba rojo de emoción y tiritaba de nerviosismo.

—Uy, no sé, qué difícil. ¿Algo así como "Industrias Calvo" o es muy egocéntrico?

—Poco original, pero sirve igual. ¡Adiós!

Lucy también se despidió y volvieron raudos en el Tatamóvil hasta la Bibliobotica Trapisonda en donde una abnegada doncella, es decir la

señorita Placebo, los esperaba rogando por su salud y bienestar.

—¡Reme, Reme! —exclamó la dulce e intrépida pequeña, al empujar la puerta de vidrio de la farmacia—. ¡Ni te imaginas las aventuras que vivimos! ¡Salvamos al mundo entero de una catástrofe!

176 —Alto, mi galleta de vainilla —la interrumpió el abuelo, bajándose de un salto de su elegante automóvil y haciendo una entrada como de tenor de ópera, con los brazos en alto—. Ya podrás relatar todas nuestras peripecias, pero ahora esta jovencita y yo debemos tener una conversación que está pendiente desde hace mucho tiempo.

—Décadas —se le salió a Remedios, sin querer y luego se sonrojó, pero no por su exabrupto, sino porque le encantó que la tratara de jovencita.

—Lo que sea, mi casta y devota Dulcinea. He vencido a gigantes y a endriagos. Me apeo de mi fiel Rocinante, pongo mi yelmo en el

suelo, me arrodillo ante ti sobre mi pata ortopédica y te digo, mirándote de frente, con mi ojo bueno y con el de vidrio también: Reme, mi amada Reme. Yo decía que mis aventuras no me dejaban tiempo para el amor, pero la verdad es que, en el fondo de mi corazón, llevo tantos años buscando a la mujer que fuese mi compañera al final de la vida y estabas justo aquí, a mi lado. Reme, tú eras el remedio que faltaba en esta botica y la cura para todos mis pesares. ¡Cásate conmigo y hazme el hombre más feliz del mundo!

A la profesora-enfermera le temblaron las piernas y casi se desvanece en un soponcio, pero logró responderle a su Quijote geriátrico:

—¡Sí, Magnesio! ¡Acepto, acepto!

El matrimonio fue austero y sobrio, pero muy fino y hecho con preocupación y cariño, como debe ser. La ceremonia en la iglesia estuvo preciosa y tuvieron una linda recepción en un hogar de ancianos con salón de eventos, porque era más fácil hacerlo ahí mismo

que trasladar a todos sus amigos con sillas de ruedas, enfermeras y tanques de oxígeno. A la fiesta asistieron los familiares más cercanos y unos pocos invitados, no más de mil quinientos, sin contar médicos y enfermeras. Lo que se dice una celebración íntima.

178 Los papás de Lucía reconocieron su error al tratar de viejo loco a Supertata y aceptaron que era un verdadero héroe de la tercera, cuarta o quinta edad. Le pidieron disculpas a él y a su hija también. La madre reconoció que Mister Vil existía en realidad, aunque le seguían quedando dudas acerca de la veracidad de las aventuras heroicas que su hija y su suegro les contaron.

Al magno evento llegaron invitados que parecían salidos de libros. Algunos notables, como la famosa aprendiz de superhéroe, Verónica la niña biónica. Otros revoltosos, como el empleado del laboratorio Bob & Ben y ahora salvavidas aficionado, don Macanudo. Y también otros que llegaron de colados con el científico Bacilo Bob y que casi arruinan la celebración al

comportarse como unos marranos: los asquerosos Toxina y Roñoso Guácatela, junto a sus salchichas amaestradas. Pero nada pudo opacar la alegría de Remedios y de su flamante marido, quienes le sacaron brillo al parqué de tanto bailar. Él con su frac y ella con su vestido de novia albo e impoluto. Fue como desenlace de cuento de hadas. Hasta que llegó corriendo Capiloberto con un teléfono móvil en la mano. 179

—¡Señor Mialgia, es urgente! —le gritó en su oído bueno, porque la música estaba muy fuerte y, como decía Remedios, “era una de esas canciones estridentes que le gustan a la juventud de ahora”.

—¿Qué ocurre, mozalbete? —preguntó el novio centenario.

—¡Llaman de la penitenciaría, es acerca de Mister Vil! —exclamó acezando cual caballo de bandolero—. ¡Hubo un problema con el Tanque Vitalicio! ¡Es una emergencia!

—¡Ah, no! —dijo Remedios—. No me puedes dejar plantada en nuestro banquete de matrimonio, Magnesio.



Su amado cónyuge la miró con una expresión de cachorro consentido, la cual era irresistible para ella.

—Mujer, el deber me llama, tú sabes que así es la vida de un paladín de la justicia, lo sabes —declaró con voz solemne y luego contempló a su nieta compinche—. ¿Tú qué dices, mi galleta deliciosa con chispas de chocolate?

182

—Uy, la verdad es que no sé lo que pueda decir, eso depende de mis papás. —Y miró a sus progenitores con ojos de súplica.

La mamá resopló, levantando los ojos hacia el techo, igual como lo hacía su hija.

—Está bien —accedió, resignada y a la vez sonriente—. Te doy permiso, pero por favor, cuídate, cuida a tu abuelo, lleva llaves y esta vez vuelvan más temprano de su aventura superheroica.

—¡Sí, sí y sí! —exclamó ella, dando saltitos. Luego, su boca dibujó una sonrisa amplia, llena de ilusión, mientras observaba su amado abuelo.

—¿Qué dices, querida Lucía? —le volvió a preguntar él, guiñándole el ojo sano, que se le quedó pegado por la conjuntivitis.

—Digo lo que siempre decimos ante una misión imposible: ¡Uno, dos, tres, cuatro, síncope!

Y los dos al mismo tiempo:

—¡A vivir de nuevo!

183

Mauricio Paredes

Autor

Nació en Santiago de Chile el viernes 3 de noviembre de 1972. Cuando niño le gustaba jugar, leer, reírse, dibujar, escribir, conversar, cantar y comer chocolate; de grande también. En la universidad estudió Ingeniería eléctrica, pero después se le pelaron los cables e hizo cortocircuito; entonces decidió ser escritor.

A él le gusta que lo aplaudan, por eso ha hecho muchísimas presentaciones en diferentes pueblos, ciudades y países en los que se divierte junto a los niños, papás y profesores, conversan acerca de sus libros y de cómo disfrutar, cada día más, con la lectura. Sus sueños son inventar libros toda su vida y que a una calle le pongan su nombre.

En Santillana Infantil ha publicado, entre otros títulos, *La cama mágica de Bartolo* (2002), *¡Ay, cuánto me quiero!* (2003), *Verónica la niña biónica* (2005), *Los sueños mágicos de Bartolo* (2006), *El festín de Agustín* (2006), *Cómo domesticar a tus papás* (2009), *Bartolo y los enfermos mágicos* (2011), *Mi hermano gigante* (2012), *Bartolo y los cocodrilos mágicos* (2013), *¡Ay, cuánto me vuelvo a querer!* (2014) y *El calcetín de Agustín* (2016).

www.mauricioparedes.com

Verónica Laymuns

Ilustradora

Nació en Santiago de Chile en 1979. Es licenciada en Arte de la Pontificia Universidad Católica de Chile y profesora de educación media con mención en Artes Plásticas. Ha enseñado Ilustración e Historia del Arte a nivel universitario.

Actualmente se dedica a la pintura, la ilustración y el diseño gráfico. Ha ilustrado la mayoría de los libros de Mauricio Paredes.

www.laymuns.com

+10

Supertata vs. Mister Vil

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns

NARRATIVA

Magnesio Mialgia es un viejo achacoso y mañoso que de tanto leer y medicarse se le coció el cerebro y se creyó superhéroe. Lucía, su nieta, y Remedios, su asistente, son las únicas que tienen la suficiente paciencia como para aguantarlo. Pero cuando su archienemigo Mister Vil aparece por el barrio, Supertata debe lanzarse a la acción con su bastón, su placa dental y su pierna ortopédica para detenerlo.

Grita junto a Supertata y Lucy:
"Uno, dos, tres, cuatro... ¡síncope!
¡A viviiiiir deee nuevooo!"

ISBN: 978-956-15-3069-

